

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Las cosas no tienen madre

Natalia Andrea Mera Sandoval

Tutora: Malén Denis

Quito, 2023



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Natalia Andrea Mera Sandoval, autora del trabajo intitulado “Las cosas no tienen madre”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Maestría de Investigación en Literatura con Mención en Escritura creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autora de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

9 de febrero de 2023

Firma:



Resumen

Esta novela es el resultado de una búsqueda que rastrea la voz que se escribe cuando se tira del hilo de la poesía. *Las cosas no tienen madre* da cuenta de una investigación sobre la escritura de texturas-materiales, presentes en el lenguaje que se pone en la página: la mirada de una mujer migrante, la fotografía y el bordado. Con estos materiales, la novela cuenta la historia a partir de una voz que se encuentra en la búsqueda de su propia genealogía y solamente logra hacerse cargo de su propia historia, cuando se pone de frente a otras mujeres que se encuentran en el mismo tránsito. La escritura de esta novela también es el registro de un proceso creativo donde se exploran los inconvenientes, los desafíos y los problemas con los que una escritora se enfrenta, en el camino de creación de una pieza literaria. Esta exploración tuvo en cuenta la idea de frontera entre lo narrativo y lo poético a partir de la pregunta: ¿dónde el poema en la narración? Y esta hibridación se convirtió en el camino de interés presente, durante gran parte del armado formal en todas las versiones del manuscrito.

Palabras clave: novela, proceso creativo, hibridación, poesía, migración, estética

para G;
amante encontrado en las cuevas del mar, jardín de mis días.

Agradecimientos

Porque las mujeres que acompañaron y leyeron estas escrituras son mis amigas, a todas ellas.

Malén, Cristina, Ramona, Gabriela y a las que nunca dudan de la amistad como el vínculo más potente que puede construirse en vida más allá de reglas, órdenes y discursos que censuran el amor en defensa de la heteronorma.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Las cosas no tienen madre.....	21
Obras citadas.....	125

Introducción

No escribo para remendar huecos
y hacerle creer a alguien (a mí misma)
que aquí no ha pasado nada
sino para atestiguar incoherencias,
hiatos, silencios. Esa es mi continuidad,
la de escriba.
(Sylvia Molloy en Desarticulaciones 2016)

Cuando tuve en la mano (que no escribe) la semilla de “Las cosas no tienen madre”, fui consciente del germen: un lugarevidencia, el hueco de las preguntas acerca de las condiciones actuales o no, de las escritoras migrantes y transfronterizas, dado que ese es mi estado de la cuestión mientras escribo.

Este proyecto es el resultado de un proceso creativo que se encontró con el sonido de su propia voz. En ella resuena el camino, el eco de la historia que transita: la migración que tuvo otros nombres hasta que miró de frente al origen donde comienza el cuerpo. La migración expulsada hacia la caída. La migración en camino puntiagudo hacia la escritura: la descripción de silueta, firmamento, luces y sombras, caos y orden o el intento de dibujar el círculo vital de la voz que se escribe en el susurro.

Lo que se excavó en el proceso de creación pertenece al sedimento de las heridas abiertas y cicatrices de las historias nacionales de América Latina: las desapariciones forzadas, la desigualdad y la presencia de lo escondido, lo no dicho, lo que se guarda en el clóset de la sociedad, los secretos familiares y lo no clarificado en los vínculos sociales. Estos elementos de la genealogía de toda la vida y de toda la muerte, del extrañamiento puesto en sus terrores y en sus misterios, dialogan con el espacio público y privado que habitamos las latinoamericanas.

Los restos excavados y contenidos por la escritura que le interesa a este trabajo, disparan preguntas cuando se atiende con cautela y se acude a la duda prudente sobre los relatos propios de las historias nacionales. Estas contradicciones a las que nos enfrentamos en América Latina, la herencia sobre la que se construyeron los Estados Nación, sus discursos hegemónicos y los que resisten, también confluyen en la escritura de este proyecto a través de la sed de búsqueda de construcción de sus personajes, que por otro lado abren caminos difíciles y dolorosos de emprender, entender y contar.

En “Las cosas no tienen madre” el relato piensa el hecho estético o la condición vital de quien escribe. El lugar del relato y de la ficción es donde se encuentra la

imposibilidad de la escritura, no como un *pero* que impide el fluido, sino como una fuerza aliada en el cauce escritural. La imposibilidad es un rasgo estético comprometido con el respeto por el lugar que ocupa la letra en la página y que conlleva a la pregunta del ¿cómo poner y rasgar la piel del texto que se escribe?

Escribir sabiendo que llegar a la palabra precisa también podría emparentarse con un rasgo de lo que ocurre con el gesto creativo propio de la traducción; aquello que se imagina, hacia lo que se piensa y que luego se materializa en texto escrito. En tal caso, esta escritura es consciente del poder de fuga del lenguaje, de su capacidad para que ocurra el malentendido y entonces no temerle a esta personalidad del sentido también es una característica de este proceso creativo. En este orden de ideas, lo imposible se convierte en el eje más sensato a la hora de escribir y en esa sensatez, una escritora se desnuda y se entrega al esfuerzo del juego y del reto que merece este proceso creativo.

*

En “Las cosas no tienen madre” la voz aparece desde una estética definida por el colapso de las palabras que se atraen y se juntan. Y esto convierte al tiempo y a la mirada de la narradora, en materiales tangibles, en vínculo directo con el ojo que lee. Esta novela busca los primeros límites del lenguaje; es decir los juegos iniciales que una escritora en ciernes se atreve a imaginar. Los experimentos atrevidos en los que se intervienen ritmos, palabras, sintaxis y modos del habla para los personajes. Los límites de la palabra que permite el desborde y tensión mientras se expanden los sentidos que permiten la pregunta en quien lee.

El colapso es un artefacto liminal. La forma que permite el flujo de atmósferas (selva, ciudad, carretera y casa) tocadas por lo poético. Junto a este dinamismo transcurren las texturas: la fotografía y el bordado, dos caminos que configuran miradas diversas y singulares: la mirada de Marina (narradora) y la mirada de Luna (fotógrafa). Ambas confabulaciones sirven de hilos conductores para desarrollar el eje que mueve las acciones o los acontecimientos cobijados por la búsqueda constante de la narradora.

La escritura como excavación de esa imposibilidad se convierte en la acción que cuida cómo disponer y usar cada palabra. Excavar es bordear el desafío y el misterio por

lo que aún no se encuentra. Cercar la dificultad es el movimiento más poético que la escritura permite cuando se pretende hallar una textura, una vida, un mundo nuevo. Mientras se escribe, el movimiento muestra el extravío. Quien escribe está perdida por más que el camino le permita llegar al pozo.

Esta introducción es tierra fértil para sembrar la conversación sobre un proceso creativo atento a cada paso dado cuando se piensan personajes, acciones, puntos de vista, texturas, tramas, escaletas, ordenamiento de capítulos y por supuesto cómo poner en marcha los diálogos, las posibilidades de la palabra y su capacidad por transformarse en un relato de ficción tan cercano a la poesía.

Un trabajo como este propone un gesto de lectura que se incomode y viaje tan solo unos centímetros hacia el ángulo oblicuo de las escrituras. Ahí donde se encuentra mi desobediente propuesta: la lectura de una escritura acerca de las condiciones de la vida.

En este proyecto está claro que la descomposición del cuerpo de la escritura (y de quien escribe) se sitúan desde un lugar *entre*. Un relato tensado con las maneras que propone la pregunta por el lugar del poema en lo narrativo. Un conjuro de escrituras. El cruce del lenguaje para ubicar el lugar de enunciación de las escrituras que abrazan vínculos excluidos, por los ojos lectores provenientes de una lengua hegemónica, que denuncia desde una mirada ubicua.

En el relato de “Las cosas no tienen madre”, las indefiniciones con las que carga Marina (narradora), los hechos que desconoce de su historia, el lenguaje-textura del bordado, la fotografía de su compañera Luna, los caminos zigzagueantes durante la búsqueda de Verónica, las carreteras que la atraviesan cruzando las fronteras y los encuentros-sueños-recuerdos, con otras en su memoria; hacen parte del plano que mapea la novela hurgando en la identidad; es decir, en una narración rasgando el poema, como el pintor rasga el paisaje en el intento de traducirlo al lienzo. Este efecto, que en apariencia carece de ternura, está dado por el gesto de quien traiciona las tradiciones y las conduce -a su manera- hacia las condiciones naturales del material con el que se trabaja. Conocer la piel de la palabra y el cuerpo de las texturas que propone el texto es detenerse (repetidas veces) en el detalle.

No es la frontera, ni los límites, ni el tiempo, ni las naciones lo que importa en esta historia; sino su misma indefinición. La borradura de un pasado que Marina enhebra, literal y materialmente con los hilos, el tambor, lienzo y aguja, es un trabajo de arqueología donde ocurre la búsqueda (convertida en fecundación) de la identidad, en el

desplazamiento geográfico de ella. Marina excava los documentos familiares, las fotografías que su padre le ha heredado, los materiales que le sirven para seguir persiguiendo las huellas de su familia ausente y en esas “cosas” que no cuajan ni se ordenan, en ese error que permite la acción dramática, es que se va construyendo la verdad irresoluble sobre las condiciones enfáticas de su vida, que por supuesto decantan en el viaje a otro país indefinido, para espejar su propio relato de vida. Marina lo compara, lo comparte, lo restaura, lo remienda y lo vuelve collage con la fotografía de Luna, para juntas buscar a Verónica y armar un relato vivo de los cuerpos desaparecidos.

Con esta manera de contar mostrando el nudo, me interesa abrazar una ética-estética que descubrí en la voz de mí propia escritura. Y, así mismo, me importa que el resultado comparta el banquete con la escritura de aquellas mujeres en mi genealogía de lectura, que, tuve en el radar durante el proceso de creación del plan, que me empeñé en diseñar, cuando fui atravesando el armado de capítulos, escaletas, *storieboards* y líneas temporales, que lindaran con la propuesta gramatical direccionada por la palabra. Algunas de estas autoras son: Clarice Lispector, María Emilia Cornejo, Chantal Maillard, Gabriela Cabezón Cámara, Albertina Carri, Virginia Cano, Lina Meruane, Julián López, Sylvia Molloy y Tamara Kamenszain. En el vínculo con ellas supe que había perdido algo como cuando se ama, se viaja o se mira al objeto de deseo.

En esta instancia del deseo, de la pérdida del sendero, del extravío del rumbo conocido o donde llega el entusiasmo de la escritura desbordada, anduve sin atajo hasta que la herida no tuvo más piel de dónde tirar. La escritura fue de cabeza levantada, pensante y lectora. Escribir es la apariencia del movimiento corto que realizamos con el cuerpo. Mientras se mueven los dedos, muñeca y manos ocurren incontables detenciones y entonces agachamos la cabeza o la levantamos. En el lugar de la escritura, el suelo espeja ese rostro de escritora y el reflejo golpea sin generar heridas visibles. Y ese dolor o misterio se transforma en reflejo, revisión y finalmente en lectura de lo escrito, cuando el siguiente movimiento es de cabeza levantada, al nivel de la pantalla donde ocurre el esfuerzo puesto en hallar la palabra y el ritmo indicados.

Cuando llegué a la lectura, la escritura se convirtió en pozo frío, de bosque en invierno, hoyo vacío al que se ingresa por ese mismo deseo inexplicable y absurdo, pero al que se entra desnuda y precarizada cuando se hace relectura.

Y, siendo un volver a releerme, me convertí en quietud-angustia; que no es otra cosa que la parálisis inquieta del cuerpo entero, donde los dedos dejan hundirse en el

teclado y el tiempo de la decisión concreta, sobre lo que se ha escrito es el de volver a mover los dedos que regurgitan letras. La escritura sucede otra vez y en ella la conciencia junto al empeño que es angustia de lo lento, como si no avanzara. Como si el único camino fuese el de la escucha de las demás. En el silencio donde la soledad está cerca y la soledad interrumpida por el lenguaje atraviesa las líneas y las historias se convierten en puertas abiertas, en libros distintos.

Acabándose el teatro de la escritora desenfundada, tuvo que ocupar la silla, la escritora sin rostro, la del esfuerzo por olvidarse de sí misma. Una que escribe fijando la atención y el oído en el intento de traducir las ideas al documento. Entonces sucedió, releí y armé tres tiempos por los cuales iba y venía la narradora buscando siempre algo y me di cuenta de que en su camino: el bordado, la fotografía y su extraña manera de mirar a su propia extranjería, debían ser sus repeticiones, los *yeytes* que siembran la diferencia en una persona migrante.

*

Más allá de que la Literatura se haya preguntado una y mil veces las mismas cuestiones sobre cómo se llega a la escritura de ficción, cómo se desafía las fronteras de las tradiciones decimonónicas, y cuáles son los límites de las formas, en este proyecto insistí en repasar esas preguntas canónicas y reiterativas con la sed de encontrar una experiencia propia de lo ya excavado.

¿Cómo se acerca una a la propia obra? ¿Qué dibujo (mapa) es posible dibujar del proceso? ¿Cuál es la relación de mi cuerpo con la obra? Escribí este primer manuscrito preguntándome sobre la imposibilidad de la escritura. Creyendo firmemente en que es gracias a lo imposible de alcanzar el sentido del lenguaje que se escribe. En esa condición del desafío y de la utopía es que se encuentra el problema de la escritura y, atendiendo a esta pregunta, documenté concienzudamente los procedimientos del camino que seguí.

Escribir es partir de un lugar, viajar escribiendo y devolverse a ese lugar siendo otra cabeza, otra mano, otra piel, otra persona que escribe con nuevas ideas que calan el hueso usado y que proponen una nueva forma de decir narrando.

“Las cosas no tienen madre” es una novela sobre la cicatriz, y así lo fue desde que aparecieron, en un cuaderno de diario, las primeras palabras. Antes de que fuesen los cuerpos ausentes y los desaparecidos, fue la cicatriz. También una marca de la violencia y la carga presente en el cuerpo de la voz narrativa que se fue convirtiendo en la herida de la memoria ausente.

Lo cierto es que la cicatriz de esta novela se transformó en las consecuencias producidas por los cuerpos desaparecidos que la gente no halla nunca. Hablo, concretamente, de los chupados por las violencias de los estados nacionales que están presentes en las cifras de la historia nacional de mi país de origen y de migración.

Al principio en “Las cosas no tienen madre”, los desaparecidos no eran el móvil, sino la cicatriz. Y este rasgo es importante traerlo de vuelta, porque fue revelador para mi proceso creativo, el momento en que tuve que enfrentarme con el problema devenido de las preguntas: ¿Qué cicatriz es la que estoy contando con estos personajes? Y ahí, en el silencio que le sigue a la pregunta, empezó la búsqueda de esa herida. Para el proceso creativo no fue necesario vincularse con ninguna categoría de ningún género literario. Este proyecto no necesita ser una novela histórica y tampoco fidelizarse con la estructura de la novela policial, y este alejamiento de las categorizaciones de la Literatura está dado por el elemento de *la búsqueda*, eje que permite el deslizamiento, juego y dinamismo, tres aspectos importantes a la hora de encontrar la voz que permitiera la construcción de la historia.

En “Las cosas no tienen madre” escribir es entregar otras definiciones en el desplazamiento posible y en ese sentido es que se cuenta la violencia que atravesó el cuerpo de cada personaje. Se muestran violentadas en la calle, en los territorios, en las huidas y en las migraciones padeciendo situaciones similares a la condición del exilio y esto siembra la posibilidad de contar, a partir de otros dispositivos que se encuentran en el lenguaje y que la escritura de poesía me ha permitido; construir con las palabras, su sonido, música y tacto, esa proximidad es atender a lo que indican los objetos y testimonios puestos como pilares en las atmósferas presentes en la novela.

Escribir en este proyecto es consolidar la idea de devolverse en la escritura. Dice Cristina Rivera Garza (2016, 10) cuando escribe sobre la vida de Juan Rulfo que: “La intimidad del cuerpo queda así en plena conexión con la vida de los astros y de las plantas y de las máquinas”, algo así como si lo que pasa por la vida, cada secreto e instante que no se revela al mundo, es susceptible de convertirse en lenguaje. Esta oscuridad, radicada en los secretos de lo íntimo, es un objeto que me interesa explorar

por ser un detalle inserto en la vida de los personajes, que se encuentra problematizando: el cómo contar la experiencia vivida.

*

Este trabajo se pensó y desarrolló, mientras fue consciente un trabajo influenciado de otras voces también críticas y que no solo se dedican exclusivamente a la escritura. Esa lectura horizontal también ha sido importante para dar lugar a preguntas impensadas por mi autoría dentro del texto. Por supuesto también estuvieron presentes otras escritoras del ámbito académico (a las que pude acceder gracias a la beca universitaria), que tampoco son escritoras de ficción, sino de poesía y ensayo. Con ellas trabajé este proyecto y también otros, que por suerte ya se encuentran publicados en formato digital, libros impresos y revistas de América Latina y España. En estos textos, en los que fui trabajando alternadamente con este, búsqueda, violencia y migración fueron obsesiones repitiéndose, como temas de interés investigativo.

Y este detalle anterior no es menor porque ese repasar los ejes de este trabajo en otros textos, me sumó experiencia, ejercicio y constancia en la labor de la escritura. Entonces, el rasgo más valioso y persistente, en este trabajo escritural, tiene que ver con el hallazgo de una voz de la escritura que iba y venía a mi encuentro, una voz que persistía con otras voces dispuestas a leer y releer los diez manuscritos que anteceden al que se expone en el presente trabajo.

Por eso escribir. Porque es hurgar en las escrituras que anteceden, construir la continuidad del linaje y dejar plantada la semilla hermana en la página. Franquear la escritura es encontrar el silencio, escuchar la verdad enfática, el pinchazo de la imagen y la herida-agujero que provoca y detiene. Escuchar lo que repite.

Escribir atravesando al otro lado, donde se atrape y se abisme el ojo que lee, el que observa, se queda y no abandona el texto.

Las cosas no tienen madre**Índice**

1.....	25
2.....	28
3.....	36
4.....	39
5.....	43
6.....	47
7.....	50
8.....	56
9.....	62
10.....	67
11.....	69
12.....	73
13.....	80
14.....	84
15.....	90
16.....	96
17.....	99
18.....	106
19.....	110
20.....	117
21.....	120

...Ecos
de una voz quemada
que viene de lejos
como una corriente
de sombra.
(Federico García Lorca 1921)

1

Me siento en la misma piedra a ver cómo es que saltan los niños. Contorsionan el tronco y las extremidades zancudas. Son pájaros rosados bailando antes de que el agua los toque. Veo a la niña de siempre en la teta de cada mañana aguada. Luna camina por la orilla. Sigilosa. Es una larva de felino. Las doñas lavan la ropa. Amasan los trapos chorreantes que salpican gotas de aguajabón hasta las frentes. Siempre sentadas en el mismo banquito de agua podrida.

Es una mañana costumbre para nosotras. Para la gente del baldío es una mañana a secas.

Dos niños recogen arenaorilla y la tiran dentro de un balde. Y la niña de siempre juega a hacer piruetas. Mami, mire, mami, mire, le grita. Se zambulle. Da una vuelta carnero. Da otra vuelta carnero. Parece un remolino. Aguanta la respiración, piernas afuera tronco dentro. Veo a dos mujeres del otro lado y encima de sus cabezas arropadas, el cerro plateado que se despeja.

Luna se me pierde. Con las mismas primeras horas espejándose en la corriente, otros niños más grandes se tiran del palafito. Allí es donde comienza el río ensanchado. En la distancia del peligro que los pescadores nos prohíben visitar.

Todavía es temprano. Veo a Luna desde lejos y le digo, mirá.

Levanto la tela empuñada. El medio metro que se quedó en el costurero de La Abuela y viajó conmigo hasta el baldío.

—¡Ay! Señor, es por culpa de la maldición que le dicen baldío —dice el niño manos que camina y arma bloques amorfos. Moja la arena haciendo una esfera a medias. Una coquita con ambas palmas que mete y saca del balde para volver al bloque. Desenlaza los dedos de la masa e insiste en volverla pelota.

Niños manos de máquina humecta el amasijo y lo vuelve trozos quebrados. Hace malabares inexpertos con la inconsistencia. Masa fugitiva enchastra las comisuras de sus falanges en el intento de moldear cilindros.

—Ese nombre se lo pusieron los que se llevaron el oro. Entonces, la arena se enojó con todos. Mírelo a él, ya ni le hace caso, ¿ve?—me grita la niña, estira manos aceituna al pequeño del balde, que no se rinde con el amasijo y otra multitud niño, se monta de un solo brinco en mi piedra.

Con los ojos agrandados sobre mis manos que sostienen la tela gris, una pregunta qué bordado cabe ahí. Y sus palabras flotan en el lienzo.

Luna toma la polaroid por la correa y se cuelga la mochila.

En el intento de rasgar el firmamento, la multitudniño busca la firmeza del castillo en el suelo. Pero los intentos no sirven y las edificaciones son platos de polenta.

En la selva el juego es un pozo a donde van a parar las derivas. Lo que sobra. El desperdicio de los turistas. Una chancla de plástico abandonada en la orilla. Las botellas de los que visitaron la playa anoche. Las bolsas de plástico que contaminan. De todos modos, la falta de altura y de vuelo, con el sedimento, no es inconveniente para el niño. El niñohornero es astuto. Tiene las alas polluelas repletas de obstinación suficiente para batirlas sin parar.

Luna se aleja hacia la orilla de enfrente. Mete los pies. El agua le tapa las pantorrillas. Las yemas se deslizan a través de musgo y lama. Ella domina el camino sin calzarse. Nunca trastabilla si tiene la cámara entre manos. Atiende con rigurosidad lo que sus dedos tocan. Porque, según ella, la textura es importante en una imagen que dura para siempre.

Me lo repito como una nota mental cuando noto que en la tela sujeta al tambor, no logro ver al pie del orificio, la continuidad de los nudos. La secuencia del dibujo. El equilibrio, el encantamiento de las puntadas.

Luna tararea un arrullo. Rastrea las cualidades de la luminosidad y da pasos cortos hacia el otro lado del río.

—¡Cuidado se hunde! —grita una madre que lava ropa en la orilla.

Luna levanta hombros. Apaga párpados. Tiene la voz en el radar. Y un rayo del cielo pega en todo el paisaje abierto, nos ilumina.

Luna deja de cantar. El agua se parte al medio, se le emparama la piel de glauco y afina el oídoinsecto.

El río escindido la distrae del grito de la lavandera. (La eficacia de Luna para notar el trabajo orgánico de la luz sobre lo sólido le viene de quienes se encuentran cortados al medio. Aquellos animales vestidos con exoesqueletos que protegen sus mecanismos internos).

Luna abandona la advertencia de la mujer.

La suelta en el halo de sol que vibra en la superficie del agua. Y el aliento de esa voz se convierte en polvo de luz.

Se le multiplican los ojos. Sus miles de ocelos miran el río. La necesidad de hallar burbujas en la superficie.

—No, ya los peces no llegan hasta acá. Si usted va hacia más adentro donde los mangles se enredan en las piedras, visite a los peces pequeños que han nacido hace poco. Eso sí, grandes no va a encontrar.

Luna enciende los ojos en la mujer.

—Pero cómo no van a llegar. Si esos peces vienen de otro país. Se devuelven río abajo como las ballenas, ¿vio? En algún lugar de por acá cerca deben quedarse para desovar —le responde Luna para no dejarla huérfana y construye otra búsqueda. No la de superficies iluminadas, sino la del rastro de vida.

Doña María también le había contado la historia. Según ella, hubo un tiempo en que los peces no temían a las personas. Eso le contó a Luna hace tiempo, y después ella me lo dijo a mí: que, cuando Doña María y sus otros hermanitos eran pequeños, los peces acompañaban sus juegos.

—Es que usted no sabe algo: antes los peces dejaban que los niñitos acariciaran sus frentes. —Le asegura la mujer y después cierra el pico. Se tapa la cara con uno de los trapos mojados, suelta una risa generosa en dientes y se da cuenta de que Luna ya le ha disparado.

—Lu —grito desde la piedra—. Lu, vuelvo a casa. Me dejé el tambor.

—Llévate esta bolsa —me responde y estira su brazo para que atraviese de una orilla a la otra—. Me meto un rato y después voy por ti para que vayamos a la caseta.

—¡Perdón, cielito! Perdoname —le digo a un niño que casi golpeo.

—Casi me aplasta.

Niñomolusco se aleja y vuelve para apretarme con sus brazos.

2

Cuando ella disparó la Nikon frente al espejo. Perseguida las huellas del cristal. Algo de la superficie que la espejaba de un lado. El dorso. El tronco.

Ella es abedulfirme sin hojas, sin lo antiguo, sin la inmovilidad ante mis ojos espías de su deslizamiento por la habitación.

Me asomé por la rendija. La miré desde la puerta de su habitación. Y haciendo un intento para que no me viera, me escapé de toda mi vergüenza. Los muslos se le partían en dos.

Me distrajo la cosquilla del camino de subida, por mi pantorrillacalambre, que volvía en reversa y bajaba sin detenerse. Y me subía de nuevo, desde la entrepierna hasta el tobillo.

¿Qué reflejaban las ataduras y el liguero que llevaba puesto? El tul y la seda que apenas le arropaba la piel.

Se combinaba toda ella y el espejo. Se le reflejaban las formas, las telas, las líneas. Y las tiras le sostenían las medias veladas.

¿Cómo no sentir los puntitos azules en las yemas? Pelusas redondeadas. Diminutos espíritus del polvo que se le aferraba y le taponaba los poros. Y después danzaba, haciendo como si nadie la viera. Como quien busca la suciedad acumulada en las esquinas. Mirando lo que nadie voltea a ver, lo que se transforma en huella. En mancha. En la fantasmagoría de las ausencias.

¿Qué buscaba en ese objeto que agrieta las siluetas? que siempre quiebra el reflejo. Las heridasrastrós. Lo de las aguas derramadas. Lo corrido donde la piel acaba. Lo que heredan los tejidos que humectan la piel sucia. Lo que ve la estela aferrada, lo pegajoso, lo que suda y se ablanda.

La Abuela me lo había enseñado.

—A los espejos es mejor limpiarlos con el periódico de ayer —decía.

El de ella. El de Lunafotógrafa estaba sucio y desgastado.

—¿El de envolver los aguacates? —le preguntaba obediente a La Abuela.

—Sí, el que los deja como manteca que moja panes —me decía.

Siempre el mismo diario usado para limpiar los vidrios de las ventanas.

Desde afuera persigo siempre los destellos de Luna. Y hago una cuenta con esos relámpagos.

Así, como si sucediera ahora mismo, esa noche, el flash rebota en las paredes. Siempre golpean los destellos de la luz.

La pintura del cajón blanco la miraba desde atrás y por los costados. Le hacía sombras de su espalda en el techo de madera. El rebote de sí misma le impedía que desaparezca, como a las mujeres de los magos que son tapadas con telas rojas. Con tablones mugrosos.

Pero ella no se esfumaba. Ella es la que nunca se hace humo. Ella se pliega. Se acentúa en las paredes.

Su olor exuberante llegaba hasta la línea donde comienza el umbral de la puerta rota, la que no calza con el marco si alguien la cierra.

Y se me antojaba su respiración, como hasta ahora. Que me suda la frente, con gotas que deben ser suaves, como las bolitas de tul que llevaba puesto y que le recorrían sus piernas.

La espío.

La espiaba y me sentía sucia. La ensucio y ella queda toda pintarrajeada. Mis ojos alcanzaron su aspecto. Su instante, que no era una pintura. Que no era el agujero por donde nos fuimos juntas.

Pero el ojo que metí por la rendija hasta el otro lado, hasta ella, no se aterró porque no me espanta, el dedo suyo. Ni siquiera sucedió cuando escuché los designios del pasado.

Me miraban de frente. Cada flash como cada foto de mi padre. Un hombre que huyó hacia el camino imposible, el de la vida. Cada flash para traerlo de vuelta. Y sus destellos lejanos me condujeron hacia las verdades anudadas que ella buscaba en el cristal roto, pero no encontraba. ¿No encuentra?

Y no me encuentran.

Ni ella ni él pudieron hacerlo. Por eso le pedí a La Abuela que quitara el espejo de mi habitación. También el papel que cubría las paredes. Porque tuve miedo de que los atravesaran y me llevaran con ellos y que ella se quedara sola.

Esa noche en que la miré a través del hueco de la madera fue la primera vez, desde que nos cruzamos más temprano en la galería, que estaba tan a la mano. Después de que entre las demás, solo ella había sido un pinchazo en las heridas que una siempre quiere excavar.

Tan alojamiento. Tan al oído esa noche.

*

Ese día me inventé un plan cotidiano. Uno que tuve que apuntarme en la libreta que cargo en el bolso. Una tarea para hacer todos los días. Caminar por las mismas calles del boulevard. Repetirlas para que se hicieran recuerdo. Revisar los pasos, los edificios, las casas, los árboles, las veredas, las panaderías, los perros sin hogar, las palomas alineadas en el muro de la iglesia. Repasar ese paisaje nuevo en la ciudad que no puedo nombrar todavía.

Un plan todos los días para verme como una vecina, para no encerrarme en la habitación que alquilaba.

Visitaba las galerías de la zona. Especialmente la de las habitaciones blancas. La galería de las fotografías. La de terraza con vista al río, la que me indicó el fragmento de la ciudad imaginada por vampiros nocturnos y adictos a la salsa y al cine. En el mismo barrio, la casona de tres pisos que se levanta todavía a pesar de los años, a pesar de las ausencias.

El barrio de las calles vecinas, de los drogadictos suicidas y de los angelitos con los pies empantanados que siempre flotan, de los salidos del libro que me compré en el local de saldos de la plaza alguna de las tardes que recorrí de arriba para abajo las veredas.

Y en ese lugar también conocí a los lumpen que aún se inventan el mismo camino de día y de noche para volver al mismo sitio. Los callejeros que encontré en las páginas de ese mismo libro, que leí tirada en el parque de las gatas, las tardes mirando hacia la iglesia violeta y puntiaguda a la que después le decíamos Lagótica del río.

Ese era el plan del mediodía.

El mediodía que después se hizo de noche. Camino de la tarde, cuando me dedicaba a tocar las puertas de las casas antiguas a ver si necesitaban a alguien para que limpiara el piso, acomode las sillas, venda revistas, arme las mesas.

Pero es que yo me distraía con las muestras que tenían en las galerías y algunas galeristas y otras señoras, que limpiaban las casas ya me conocían, entonces me ofrecían café negro y masitas. Entonces los recorridos vespertinos se convertían en otra búsqueda distinta.

Cuando entré en la galería y vi la foto de la anciana, con la cara cubierta por el pañuelo del dolor, fue que me la crucé a Lunafotógrafa. Porque la gente se repite en otra gente y una encuentra a los que nunca vio, en los ojos de quienes se cruza, de quienes se atraviesan.

*

La mujer de la fotografía se limpiaba la pérdida y ese gesto hizo rebote en el álbum de mi padre, al que yo no podía dejar de asomarme, cuando era niña.

Y La Abuela me escondía la fotografía de la tapa. La de ella y la de él. Ambos misterios. No me contaba que la había revelado ella misma. Que pertenecía a un rollo que permanecía en el cobertizo de la casa en la isla. Me mostraba el artefacto omitiendo que era la única imagen que había quedado huérfana, porque, según ella, las demás estaban veladas.

Página por página, todas las noches, desde que La Abuela me lo entregó, ese álbum me recibía.

Ese resto de mi padre en la imagen revelaba su último instante de vida. El último momento de su concentración. De lo que veía a través del lente. Era la foto de él apoyado sobre el alféizar de su estudio.

Una pose para el voyeurismo. El ruido de las formas. Una fábrica de las verdades enfáticas de la existencia. La de él mirando a mi madre poniéndose los guantes de jardinería. Las formas que punzan la orfandad. Y ambas ausencias.

Una aparición ineludible. En tal foto, Luna fue quien me ayudó después a encontrarlo a él.

Sus ojos fantasmas en el papel. Veo los ojos que la han visto a ella y no los veo porque no están.

Pero lo mejor será decir el pretérito imperfecto: que no estuvieron. Y ella, concentrada en las amapolas que él le trajo. Apretando la tierra del jardín donde las entierra. Arrodillada sobre el pasto quemado y con ella la cápsula vital que me aguardó. La panza. La primera casa.

Pero nada de eso dijo La Abuela cuando abrimos el testamento, desde la primera vez hasta la última. Cuando asomamos la intriga al efecto de mantenernos en ellas cada noche de mi niñez.

De desentrañar las circunstancias, que el álbum contuvo hasta ahora, tuve que hacerme cargo yo de sur a norte. Hasta que me encontré con Luna. Dedosbotón que me alivió, que me ayudó a saber cómo mirar lo que sucede en los ojos que miran para siempre, a cómo definir las mortificaciones puestas en el revelado.

Y ahí estaba esa noche, cuando La Abuela ya no existía y cuando la ciudad era ajena. Cuando el plan cotidiano de los días parecía que trascendía o se convertía en otro futuro, donde la soledad sería distinta.

*

Ahí estaba, espiándola. Con la mitad paralizada.

Esa noche del jolgorio en su casa, nadie me vio subir por las escaleras, caminar por el pasillo y detenerme en el estante de los retratos; una mujer sonrío con los ojos y de fondo se encuentra la playa y el mar. A la mujer sentada en la arena, se le hace un hoyo en el cachete y el viento le toca el pelo. Se lo sopla.

En otro retrato Verónica asoma la mitad del dorso desde arriba, parece la terraza de la galería, pero no podría saberlo porque conocí todas esas terrazas y son las mismas. Miran al río, encuentran a Lagótica, las macetas de barro en el piso están siempre florecidas o con pimpollos nuevos y el suelo es de cemento liso y rojo.

En el retrato de Verónica, el cielo es blanco, ella es negra, completamente negra y su pelo suelto le tapa la mitad de la cara. Le dibuja sombras enroscadas más negras que su piel. Y se le ven las tetas. Ella está levantando los brazos, cerrando los ojos y alguien la mira desde abajo. Luna la miraba desde abajo, miraba hacia arriba, pero Luna es invisible, y desde ahí le capturaba una sonrisa de ojos, para siempre.

Esa noche, la gente bailaba y bebía en la planta baja. Otras gritaban, la Dj le decía a Verónica, por el altoparlante que ahí le ponía su salsa y, entonces, Verónica movía caderas y hombros como una diosa que levanta los brazos firmes para que todas enloquezcan y la abracen.

Nadie me vio llegar hasta el cuarto, ni Luna se dio cuenta al principio, pero duró poco el misterio. Porque ella lo mira todo con anticipación y siempre hace un gesto con la boca cuando se aprovecha de lo que la toma por sorpresa: me indica que me siente en su cama, que entre y la vea, que ella no muerde, me dice.

Y la música ya no existe.

Puedo recordar cómo le tiembla el labio superior. Siempre se le mueve. En cambio a mí, las manos me transpiran cuando estoy nerviosa. Cuando camino sola por la calle. Cuando voy en un colectivo vacío. Cuando estoy sola en una casa que no es la mía.

Esa noche se detiene la gente y sus voces se apagan a tiempo. Se quedaron quietas, todas. Estatuas. No se fueron. Se quedaron en silencio.

—¿Se quedaron en silencio? —le digo.

—Es que la puerta es de madera y por más rota que esté lo que pase allá no se escucha acá. Quédate así como estás, no te muevas. —Me sorprende con el primer flash de nuestra vida. Y alguien toca la puerta.

Es Verónica.

—Viene a despedirse, —dice ella, la fotógrafa.

Le digo chau desde la cama y Verónica me tira un beso.

Luna sale y hablan en el pasillo.

—Me dice que se va para la selva y que se quedará allá hasta que encuentre a Doña María.

No me lo olvido más. Porque la vi al otro día y después ya nunca. Le digo a Luna, que no sé quién es Doña María.

—Es su abuela, la de la foto del pañuelo.

Y otra vez volvía la música de la planta baja porque la puerta había quedado abierta.

—De abajo es que viene la mejor música —le digo. Le cuento que me lo enseñó La Abuela cuando cantábamos en la misa del domingo.

—Yo pensé que venía del infierno—me dice sonriendo. Y tiene la sonrisa más hermosa que vi, una bocarosa intraducible.

Las voces que se escuchaban eran del color viejo de un árbol.

Se asomaban en botones de magnolias, como si cantaran las hadas desde su jardín, *en tejidos baratos y entre cientos de ramos vedettes*.

—Ahí estás —murmuró Luna acariciándome la nariz.

En la habitación, las paredes reflejaban las sombras de ambas.

Los muebles se estiran sobre las baldosas, pero yo dejé de mirarlos cuando mi frente se encontró con su mentón.

Ella me besa, me besó, me besa y después acaricia mi trenza. Aprieta el pelo entre los dedos y me suelta. Las invisibles ya no lo sujetan. Es palpable el aire en el que se mezclaba el azahar. Lo veo. Podía verlo en la mesita de luz, con el humo delgado que se rompía en la lámpara encendida.

Luna acariciaba mis brazos con las yemas de los dedos. Dentro y fuera de la ropa.

—¿Habla de amantes?

—¿Diamantes? —le pregunto.

—¿Quién es la que canta, que habla como tú?

—Paula —le digo— ¿Canta lindo, no? —Y la música es del viaje y los aullidos. Las voces zumbaban embrujos. Alguien tocaba instrumentos de cuerda.

—Un bajo, una viola. Pero con falanges pegadas a sus cuerpos. Son biontes con tenazas, si las vieras. Amazonas contra el viento.

Y me pierdo con lo que queda.

Las que cantaban son el sonido de las estrellas. La música que solo es posible ver en los cielos de un desierto lejano.

Pero las voces me acercaban a alguna pesadilla. Directo al planeta de mi padre. Una esfera pequeña donde está otra vez mi mamá, el jardín, el gato, las amapolas y la casa amarilla alzada en patas de madera.

Porque era cierto, las cantantes hablaban como nosotros. Eran el pinchazo de las fotografías aquellas canciones escritas en otra ciudad, en otro tiempo, en otro sur. Punzando en la arena distante de un pensamiento en que no puedo excavar.

Y la música vuelve, ahora mismo visita el recuerdo de ese mundo del que los rastros son pocos.

Pero ahora, pese a todo, nosotras somos un trébol de cuatro hojas que se sostiene. Y a veces, somos un jardín de frutas que se preparan para caer. Para que el aire las escuche.

El agua que nos mojó las pieles también pegaba en un cristal. Ladró desde el cielo. Acarició las superficies de afuera. Y seguro Verónica se mojó esa noche, en que mi superficie fue acariciada por primera vez, por los dedos de Luna.

Señas y risas de las dos.

Y gotas de lo que no cansa y la ropa fugándose. Pero de nuevo, alguien tocaba la puerta entreabierta y desaparece cuando se da cuenta de nosotras.

Ella. Se corre. Y la visitante estira la mano para despedirse. Vimos una luz violeta de abajo que se reflejaba en la pared alta, que nace en la sala.

Luna se levantó de la cama.

Luna baja por las escaleras. Grita desenvuelta desde el pasillo; *ya vuelvo*, dice en el aire.

La música se apagó después. Su pelo era un rodete. Cerró la puerta de calle de un azotón y llegó de un brinco hasta la cama. Y entonces fuimos exclamantescorrientes, somos nombres propios de los ríos que nadie ha visto. En el tacto novedoso. En ambas pieles somos de lava.

3

Desde el río hasta la casa de Doña María, ya no me duele el cuerpo. Mis pies golpean el sueloausencia del tacto. De huellas. De tanto andar por el camino a cielo abierto se volvieron rocas de granito. Piedras apelmazando el rastro. Genética de lo que el suelo sabía.

La dureza era la declaración de aquella toxicidad del oro. La gente dijo que todavía estaba sucia la tierra por los químicos que le quedaron al río. Que era insufrible la recuperación. Que era imposible que volvieran los peces. Que el río no los iba a alimentar como antes.

Luna me había contado que los pobladores armaron una minga la primera vez que ella estuvo en la vereda.

Selva murmullo, selva obstinada. Que la gente negra y la gente indígena se había reunido a perfumar un pedazo de la montaña con vahos de pétalos y ramas.

Y los pueblos inventaron el altar invisible para los ignorantes que caminaban por ahí.

Ritual para sanar: soñar y hacer heridacicatriz.

Hacer lo imposible. Una ofrenda. Canela, caléndulas, lirios y floripondios. Una infusión de alivio.

Algo se escucha en el viento pegando en la madera de los troncos anchos cuando se camina por sus senderos. Todas las veces que iba y volvía del río hasta la casa, me encontraba el altar que recordaba esa uramba: el rezo de la gente.

Las palmas lo sabían.

Y los monos que se colgaban en las palmas (que sabían lo que no puede saberse), armaban un coro para invocar el rito. Hacían ruidos con vocales abiertas que se escuchaban hasta el cerro.

El eco rebota. Había música en la lejanía y el suelo pisado era testigo del gualí.

Selvadvertencia. Selvarchivo.

Por el sendero, los cocos avisan que alguien nació en el suelo. Las parteras eligen sus palmas para enterrar los ombligos. Los árboles de cabezas colgantes recuerdan a las cantaoras los alabaos, para que ellas no pierdan la luz en sus ojos.

La vereda se despide y saluda a quienes alimentan los nísperos y almirajós con su ausencia.

A diferencia de la gente del baldío, La Abuela se reservaba el dolor. No lo gritó en las rondas de madres sufriendo por la ausencia de sus muertos.

La Abuela me había dicho que odiaba la humedad de la ciudad porque sentía cierta ceguera cuando caminaba fuera de casa. La bruma en la córnea le dolía. No en los ojos sino en un hueco del pecho y desde ahí se le repetía en el vacío de su cabeza. Decía que el frío le calaba los huesos y que era por mamá.

No solo era la humedad aquello que le desgarraba en su pálpito. Era la soledad que le habitaba en sus pasos en forma de tapón de sangre. Coágulos que le impedían irrigar el carmesí por las venas con suficiencia. Se la pasaba repitiendo que en invierno tenía la sangre apagada. Que era la causa de su palidez, tensión y desmayos.

Los días en que llegaba el frío, La Abuela repetía que mamá se le había ido de sus ojos en invierno y que lo único que le quedaba era tomar helado donde el gallego cada fin de semana. Así el desasosiego le embadurnara los pies durante toda la tarde.

En las noches usaba medias que tejía durante el verano. Prendas largas que le llegaban hasta las rodillas y cuando se le rompían, en vez de remendar lo roto, las cosía con hilos de un color diferente.

Según ella, el frío húmedo era lo peor porque le llegaba hasta los huesos. Pero se negaba a que le prohibieran el helado. Ni siquiera cuando los médicos le detectaron índices leves de diabetes quiso dejarlo.

Colocaba por dentro de las cobijas de su cama, una bolsa de silicona vestida con un envoltorio de crochet que ella había tejido. Y antes de cerciorarse de que yo estuviera dormida, dejaba la talega puesta entre el colchón y la sábana, junto al par de medias para que sus huesos estuviesen a salvo.

*

Torrente solitario de barro removiéndose.

A esa hora de la humedad, la selva oscura parece robarse los últimos destellos del día. Ahí no existe el invierno, sino un sudor que penetra en la piel y la ropa.

La humedad se queda con la luz y la deposita en el aguahorizonte del mar que anticipa la noche lluviosa. Era la lluvia constante lo que nos impedía saber cuáles eran las fronteras del río y dónde era que empezaba el mar. La inundación era inminente y las casas flotantes se volvían barcos encallados en las playas eternamente barrosas.

Para ver el dolor de vida, para ver el dolor de muerte, las personas del baldío comparten el grito y las tisanas esenciales de las flores. En vez de quedarse solas con el dolor la mirada de La Abuela. En vez de ver con el filtro que carece de brillo, las personas del baldío son sabias. Siempre tomaron los brebajes mientras se lamentan y sus lágrimas van a parar al suelo para que la tierra se dé cuenta de que la tristeza es comunal.

Veneran el filo de la vida.

Veneran a Ananse que camina por en medio de la tierra, donde se entierran las célulasmadres de la gente que nace.

Ananse camina por encima y por debajo de los ríos sacando el hilo dorado de su barriga. Se enreda en los esteros y así teje la selva: Hilo con ombligo. Ombligo con manglehilo.

La vida es bordar en la piedra o en la casa de Doña María. Aquí o allá, pero someterme con la tela hilosyaguja. Aquí o allá.

Tanto insisten con llamarlo baldío que impiden que se ilumine el paraíso.

Cuando la luz ya no penetra en la piel de los chontaduros, me siento en la banqueta tejida de alambre y la fotografía del piecito a mi lado.

Debo empezar el bordado. El de la fotografía borrosa. La imagen capturada por Luna, en movimiento. Primerísimo primer plano del salto y el paisaje de fondo quebrando los huesos, donde la tobillera recibe el pulso y se tensa en los tendones.

Para tocar la instantánea recordé las advertencias de Luna, que insiste en dejar que el pigmento esté preparado para ser visto. Solicita la perfección en el resultado.

Las instantáneas de Luna suelen llevar en la parte inferior un pie de foto que indica la fecha, una descripción más o menos precisa del lugar y el personaje habitando en el revelado, pero esta vez la ausencia de letra dejaban desnuda y libre de mirada a la imagen. Del rollo de diez fotografías, gastó cinco y yo solo elegí la del pie, para el retal gris donde vibraba aún el niño manos anhelando el paraíso.

Luna se tuvo que haber agachado para tomar esa foto porque el pie oscuro corre y se desliza de perfil.

Huesos enfocados.

Los huesos salidos que perforan la verdad. Son semillas de tagua cruda en la pulsera. Un salto. Calco en la tela. Pocas migas de arena manchan las falanges tostadas que contrastan el empeine y los dedos de café con leche. Algunas uñas blancas, cortas y claras alcanzan a mostrarse.

Aliso la tela. La plancho en una almohada. Le huelo el calor. La temperatura del agua quita el blanco de su dureza. La temperatura helando los dedos se me atraviesa. El hueso prominente del tobillo es una pelotita perfecta que se tensa en el talón de Aquiles. El tendón sostiene un adorno exuberante.

Busco los hilos en el costurero.

Una fotografía deja por fuera la textura vívida. Enhebro el más oscuro para el pie. Por fuera del foco queda lo que no es bijouterie. Elijo tres hebras de ocre y marrón.

El fondo del paisaje en la foto, apenas se nota, en otra capa del plano en el suelo. Sujeto el lienzo en el bastidor.

*

Nunca toqué algo tan noble como el acerico de La Abuela.

El costurero que heredé contenía el retazo gris que ella usaba de alfiletero.

La Abuela alteraba las funciones que desempeñan los objetos. Dentro de su costurero nadie encontraría agujas o alfileres pinchando telas; porque ella temía ensartarse la mano distraída que busca algo. El retazo estaría siempre por fuera. Exiliado.

Prefería tener a mano los retales y los iba dejando encima de los muebles de nuestra casa. En las mesas de luz de las habitaciones, en la cajonera del comedor, encima de la biblioteca donde aún permanecían los libros de mamá, en la banqueta vieja de la cocina, encima del lavarropas y en los sillones de la sala, donde ambas pasábamos tardes enteras con el tambor entre las manos.

En cada lugar, pedazos dibujan una ruta pinchada. En cada lugar tela con agujas y alfileres ensartados.

Donde se sentaba La Abuela tiempos largos de mañanas y tardes, a bordar, el tiempo del mientras se cocina, del mientras se limpia el piso, del mientras se espera el sueño, del mientras se termina el ciclo de la ropa, del mientras se deja pasar el día. En el mientras la luz del sol alcanza a colarse por la ventana de la sala. Y recuerdo aquellas puntas del alfiletero que también pincharon en más de una ocasión nuestros culos inocentes del descuido.

Entonces los olvidos pueden lamentarse.

En el lienzo para el piecito, paso el hilo marrón por el agujero que me indica una puntada larga y otra puntada corta.

Más allá de los rincones, lugares para la tela y de nuestro culo ensartado de agujasdescuido, estaba el mar y los brazos del ríomanglar. Más allá del mar estaba la selva. Estaban las flores de pájaro y el verde arrugado de las hojas caídas.

Más allá, la selva.

Todavía es gris.

Aún en los días en que el cielo acompañaba su círculo cromático del frío sudoroso y que las nubes danzaban con las manos, que tocaron los tambores y las marimbas, los negros encendían fogatas en la playa a la noche para rezar en las tumbas de los angelitos. Y así, la vida es bordar aquí o allá.

En la piedra. Bordar a ciegas.

De la colección de alfileros de La Abuela rescaté uno gris porque los otros tenían heridas. Deseché la mayoría de los trapos. Los dejé en alguna de las bolsas.

Cuando abandoné la casa, alfileres sin cabeza, y una que otra aguja partida fueron a parar al tacho de basura en la vereda que debe estar vacía de nosotras.

Pero ese retal se había quedado para mí y mi olvido y me esperó hasta llegar al baldío.

Y el piecito dijo algo que no era ausencia. Que no era olvido. Y que se vuelve siempre un respunte tras otro.

Hago lo mismo que Luna en la fotografía con su dedo índicebotón. Saco dos hebras más del hilo ocre para pintar los momentos de luz y enhebro por el ojo de la aguja. Paso de arriba hacia abajo el ingrátido pie que flota, donde la palabra del niñomanos sigue vibrando. Y el hilo se tira por el vacío estrecho de la tela y hace píxeles elevados.

Y tiro puntadas para cualquier lado.

Un truco que La Abuela me enseñó: Que lo único que una tiene que hacer es mirar la imagen original. Los puntos de brillo y de sombra. Y después, copiar sus direcciones precisas.

Luna, ¿cómo haces la foto del niño pie, tan pegadita del salto? Le preguntaré, cuando llegue del río, que si ha visto con claridad la pausa, el movimiento inquieto de los huesos.

Y me repito a La Abuela cuando hay que devolverse con la aguja: puntos sencillos de distintos tamaños. Segmentar el dibujo. Empezar con puntadas largas hasta

la mitad del primer tramo y otras cortas en el mismo lugar. Y encimar, sin dejar espacio de tela entre punto y punto.

Hago de cuenta que los ojosinsecto de Luna son los míos.

Metó el hilo de nuevo. Vuelven las hebras levitando por el abismo. Con el hilo, de nuevo en el hoyo, convierto el talón detenido. Una réplica del tiempo y un nudo después de la zancada del ocre.

El marrón en los ojos de Luna mirando el suelo. Punzando el talón que salta y me hago trocha. Las puntadas caen por el atajo otra vez y quedan juntas escondiendo la tela.

*

Luna detrás de la puerta con los nudillos haciendo toc toc.

—¿Me abres?

Y la silla traquea cuando me levanto. La silla vieja suelta un alambre que cae sobre el lienzo ensartado en el tambor y hace un sonido hondograve en percusión.

—¿Te duchaste o vamos así a la caseta para comer algo?

—Esperame que corto el hilo.

—¿Viste las fotos? Después de que te viniste no saqué más. Me puse a jugar con la niña que no se cansa del río, ¿viste que todos los días está ahí?

—¡La Sirenita que no para de nadar!

—Ajá. No le gustan las fotos. Cree como la gente, que se le van sus almas —me cuenta y mira el bordado—. Oiga, ¿y qué tal las fotos que hice?

—Estoy con la del piecito. Que es un poco borrosa y tiene algo muy clarito, un detalle hermoso que dejaste a la vista. Como si lo demás de la imagen fuera a estar siempre moviéndose. Mirá.

Ella se fija en la fotografía, junto al tambor y se queda mirándola sin decir nada. Después va hacia afuera de la foto y de la casa. Mira a través de la ventana pero no dice nada. Otra vez busca algo en lo que no está con nosotras.

—¿Sabes de quién es el pie? —pregunto.

—¿De La Sirenita? —responde mordiéndose una falange.

—¿Sabrá la lavandera?

5

La energía que tenían las gentes del baldío se te va directo al pecho. Inhalarla es meterse dentro de un bosque de eucaliptos.

—Buenas tardes, compañeros —les digo y los abrazo.

Don Petronio juega al sapo con el Hombre de la balsa afuera de la caseta donde Herminda vende comida. Extiende los brazos desde lejos y el Hombre de la balsa de espaldas prepara el tiro.

—No se acostumbre porque nos quedamos pegados en una de esas —me dice Don Petronio.

En las ramas de un mango cuelgan los tití. Saltan tirándose semillas de un lado al otro, pero yo busco al oso perezoso.

—¿Cómo andan? —les pregunta Luna.

—¡Aquí ganándole al Hombre! —responde Don Petronio—, ¿cómo están en la casita de la finadita María?, ¿movieron la cama y las ollas?

—No, aún no han venido los tipos al pueblo y así nada se mueve —responde ella.

—Pero, hija, ¿usted cree que eso es tan fácil como fritar pescado?

—No, es que no ve que Marina no es de acá. Y ¿ustedes no piensan volver a hacer paro hasta la ciudad?

—No, ustedes no vinieron hasta acá para acomodar este atolladero que no tiene arreglo así de fácil. Ya se lo dije a la otra niña, a Doña María y ahora se lo digo a ustedes

—Dijo Don Petronio lo mismo de siempre. Desde que llegamos a la vereda, repetía lo mismo cada vez que intentábamos averiguar algo sobre Verónica y Doña María.

—Que escuche mijita —interrumpió el otro— que no es tan sencillo hablar con esa gente.

—Mire, ellos vienen cuando la yuca, el ñame y el cacao están listos en los canastos y de ahí nomás se lo llevan pa'allá pal cerro. Ellos no escuchan a las mujeres, sino a los pescadores que les entregamos los bultos. No ve que ellos creen que, en una de esas, nosotros también nos vamos con ellos.

—Pero, Hombre, yo necesito saber dónde las dejaron y qué les hicieron.

—No pregunte pendejadas, mi niña. Usté ya sabe qué hacen esos manes con la gente. No sea terca.

—Cúdense las dositas —me dice Don Petronio agarrándome de los hombros y Luna sigue el camino sin despedirse y entra en la caseta. Empuja la puerta y el olor humeante de las retacadas de plátano se encuentra con su olfato de frente y llega hasta donde nosotros.

—Dígale a Luna que vaya con cuidado donde esos manes —me advirtió el Hombre.

—Es que eso por allá se ponía peludo a veces, y los del cerro estaban por bajar en esos días —siguió diciendo Don Petronio.

—Como si no fuera más peligros, que el río siga arrastrando gente—les respondí a ambos.

Pero lo cierto es que mis palabras no serían nunca válidas en su tierra.

Mi tonada y la ausencia de su astucia en lo que yo pensaba y les consultaba, los dejaba tan perplejos que decidían no responderme nada y simplemente me abrazaban. A veces me preguntaban qué hacía ahí y por qué me había ido de mi casa.

Al principio entendía que me lo decían para que me fuera y no que era por el peligro que corría por no pertenecer a su lugar.

Tampoco entendía por qué nunca le habían cambiado el nombre a su casa. Y así como ellos me preguntaban para qué había viajado, yo les decía que me parecía inaudito que el baldío todavía fuese un nombre natural en su tierra. Que la humedad parecía seguir guardándose la luz. Y que la multitudniño parecía cansada de anhelar el paraíso, donde los monos continuaban cantando al vacío del monte de plata, que nadie visitaba ya.

Entonces ellos que no tenían respuesta a ninguna de mis preguntas. Ellos, los hombres preocupados del baldío: el Hombre de la balsa y Don Petronio no hacían más que ofrecerme sus cuidados por si se me antojaba caminar sola por ahí, por el camino al mar donde siempre estaba solo el manglar.

Estando en la selva, una se aprende la lección de los aires.

Que los sonidos y las comidas vienen juntas y que la radio nunca será inteligible porque siempre será interrumpida por el aceite que fríe plátano, pescado y masitas o simplemente porque a nadie le importa lo que dicen de afuera, de lo que nunca llega hasta allá.

El olor del plátano es el perfume diario de todas las pieles. Y en la caseta, se combina con la mojarra fresca que seguro el Hombre de la balsa trajo temprano a las cocineras.

En lo de Doña Herminda pedimos siempre el plato que sirve, porque no existen las cartas. Existe la comida que traen los pescadores y que cosechan las mujeres en los huertos recién desintoxicados.

—Mira, te presento a Sol, es la mamá de La Sirenita —me dice Luna cuando llego a la mesa.

—¿Ya pusieron las sábanas blancas? —nos pregunta Sol.

—No, Sol. Tampoco Luna sabe cómo es eso del entierro.

—Usted no es de por acá, ¿no? —dice.

—No, señora. Yo vengo de lejos, pero mi mamá y mi abuela vivieron en la ciudad hace mucho.

—¿Dónde queda su país? —pregunta La Sirenita.

—Pues queda muy al sur si te vas por la ruta que une a todos los países desde acá hacia abajo. Es tan lejos, que los horarios son diferentes, en el invierno no cae nieve donde yo vivía y el mar casi nunca está caliente. Pero, ¿sabés que a veces los cielos se parecen a este? —le respondí y ella continuó curioseando.

—¿Y usted viajó con su mamá y su mamita?

—No. Tardé mucho tiempo. Muchos días. Y además no vine en avión sino en bus, entonces tuve miedo.

—Porque si viajó sola entonces es muy valiente, así como esos dos que están afuera —nos dijo señalando a Don Petronio y al Hombre de la balsa que veíamos desde la mesa—. Ellos se la pasan yéndose muy adentro del mar donde hay olas más gigantes que las ballenas.

Pero yo me había quedado detenida en el primer trayecto de preguntas; y me era insoportable tener que explicar que no sabía exactamente dónde era que mi mamá y La Abuela habían vivido.

—Entonces, ¿a su mamá y a su abuela también les pasó lo mismo que a Doña María? —siguió La Sirenita.

—¡Ay, mi niña! No pregunte bobadas, no ve que eso es íntimo de ellas y esas preguntas son necias —dijo, Sol, porque la niña nos pegaba al medio con las preguntas. Se nos metía por el palpito hacia afuera con las ocurrencias, y luego se me aproximaba hacia mi costado, con una tajada de plátano frita en una mano para contarme un secreto—.

—No estés triste, que a mi papá también le pasó y por eso no me canso del río. Porque el agua se lleva las lágrimas —por un momento, nos parecía que La Sirenita le hablaba a Luna que tenía la mirada distraída en ese instante, pero lo cierto es que esas palabras vibraban en el mantel de plástico que sostenía las manos de todas.

—¿De dónde sacaste esa pulsera? —interrumpió Luna a la nena que ahora mueve sus patitas de hormiga oscura y nos deja perplejas cuando asoma las semillas de hueso que abrazan el talón.

—Es que el río regala lo que viene del cerro y de allá vino esta tobillera el otro día.

Lo recuerdo bien a ese movimiento de patitas, porque cómo olvidar el llanto que le escondimos todas.

Estoy ahí con la niña, Luna y la lavandera. Somos la soledad de las tres que también es la del baldío. La tierra que espera la llegada de los hombres, de los milicos. Los que no escucharon la uramba y tampoco vieron a los micos que cantan.

Hombres a los que no me atrevo a llamar milicos porque en esa palabra reverbera otro pasado que no es el de ahora, sino uno que ninguna mira.

No me atrevo a llamarles milicos.

Le temo al apagón del paraíso en el que los niños todavía creen.

Y Sol me mira y le dice a La Sirenita que se vaya a lavar las manos porque ya es tarde para volver.

Desde atrás, La Sirenita me venda los ojos con las manos aún grasientas y me pregunta *quién soy*.

6

Es impreciso aparentar la permanencia de quien ya no está.

Este vaso encima de la mesa de luz toca nuestras huellas. Los zapatos movidos por mis pasos esperan en el armario. El hambre de los platos, donde estuvo la comida, comparte nuestro aliento. Las sillas con almohadones contienen nuestro peso y las paredes son testigos de los ángulos donde terminan las presencias.

Hay impertinencia en dejar sólidos los rastros de quien se fue.

Más vale mover las pertenencias de los lugares, en vez de construir una condena para el vuelo de los ausentes.

Desprender el plástico de las páginas del álbum para destrabar las fotografías fue el hábito nocturno que compartí con La Abuela para acariciar a los que se fueron. Un movimiento que se repitió como un calado en la madera de un árbolhueso. Cada noche antes de dormir, lo despegamos para sacar alguna.

Y La Abuela comenzaba a dictar una lista de ingredientes necesarios para preparar un lemon pie. Recitaba versos híbridos.

—Tenés el color aceituna griega de ella en los ojos, tenés los mismos hoyuelos en los cachetes.

—¿Era el postre favorito de mamá? —le preguntaba y ella volvía a la receta y asentía.

—Es necesario que la masa quebrada esté firme y suave. La crema de limón dulce, pero a la vez que se note que hay limón.

Según me contaba, la cáscara ayuda a que el azúcar no monopolice el postre. Y el merengue, sí o sí, debe batirse al mismo ritmo hasta que se levante, decía firme, porque si disminuyes la velocidad, se aplasta.

—Mihijita renegaba cuando la despertaba más temprano para hacerle trenzasriñón.

Mamá odiaba las trenzas.

—Cuando se las quitaba, el pelo le quedaba ensortijado y con más volumen del que tenía —me lo contaba y se reía—. Por eso es que no te hago trenzas a vos.

Sobre papá nunca me contó ninguna anécdota. Según ella, mi pelo y mis manos no eran como las de ella y tampoco se parecían a las de su hija. Nombraba a mi padre y

se le agrietaron las palabras. No. No lo nombraba. De ellos prefería no decir sus nombres porque en el último tiempo ya ni sabía cómo se llamaban.

—Pero ¿cómo era papá? —le preguntaba cada noche con la esperanza de que recordara algo más. Así fuera el color de su bigote o el largo de sus uñas.

—Era muy alto, ya te dije que se parecía a vos.

—Pero para vos, hasta yo soy alta. —Mi padre trabajaba en un taller de costureros hombres.

—No le digo pues que ninguna mujer podía trabajar ahí donde su papá trabajaba.

—Y ¿nunca venía a casa?

—Sí que venía, casi siempre a merendar mientras su mamá preparaba finales o leía algún libro en voz alta.

La Abuela me decía siempre que en el trabajo de papá siempre estaban de paro, que no les pagaban a tiempo.

—Venía a visitar a su mamá, se tomaba el café, se comía una tajada íngrima de lemon pie y se iba en bicicleta, pero nunca hablaba de sus otros abuelos.

A mi padre le gustaba sentarse al lado de La Abuela. Mientras ella cosía los vestidos que le habían encargado esa semana, cualquier semana que fuera, él la miraba cómo pasaba la aguja y pedaleaba.

—Se quedaba quieto. Miraba y no decía nada. —me contaba.

Me lo imagino viéndolas a ambas, a ella y a mi mamá en la mesa del comedor leyendo. Cuando La Abuela tenía que limpiar la Singer, él se la aceitaba y le cambiaba las tuercas.

La Abuela decía que era un buen chico aunque su timidez no la había dejado acercarse demasiado.

Nunca me dijo nada malo de papá.

—Tenía los ojos azules y las cejas no se le notaban. Era muy rubio, su cabello era casi blanco. —me contaba y yo a veces lo dibujaba en mi libreta. Le hacía el pelo pintado de blanco y le dibujaba rayitos amarillos como si tuviese un sol en el cráneo. Tenía las cejas invisibles y los ojos azules. Tenía luces de mar y los ojos sin techo. Tenía los ojos azules y las cejas no se le notaban. Tenía los ojos azules y la mirada en el futuro.

Tenía los ojos azules, sin cejas y las ideas en el presente.

—Ambos se creían capaces de cambiarlo todo y eso fue lo que hicieron, el sacrificio. —Esa manera de definirlos invadía a La Abuela de melancolía, aunque nunca reprochaba cómo habían terminado abandonándonos.

En la ciudad, éramos completamente extranjeras con La Abuela. Ella parecía haberlo vivido dos veces. Lo fue desde que llegó con su hija pequeña y volvió a serlo conmigo.

Yo amaba el momento nocturno del álbum antes de dormir, aunque mis sueños fuesen un caudal imposible de calcular. El desborde del volumen y el tiempo del agua que atraviesa la superficie dormida para siempre.

Una vida. Una réplica. La vida es una rueda de fortunas y de infortunios, me aconsejaba y abrazaba todas las noches antes de darme la bendición.

Sufrí de insoportables pesadillas de niña. En una me tiraba por un tobogán y las niñas del arenero me seguían, pero ninguna volvía a caer en el final donde se termina el resbalo. Yo sí lograba caer y me quedaba esperándolas, ninguna llegaba, cada una desaparecía en el camino. En otra pesadilla, despertaba en una habitación con tantas puertas como paredes y no importaba cuál abriera, siempre me esperaba del otro lado un gigante plateado que me perseguía con un martillo más grande que su cabeza y me gritaba que solamente me quería aplastar uno de mis dedos gordos; *de cualquier pie, de cualquier pie, de cualquier pie*, decía. Con cada uno de esos sueños tormento; me dediqué a encontrar relatos posibles, sobre los fantasmas que las fotografías de aquel álbum me dictaban.

Nunca fuimos estirpe, sino nudos hechos con lo roto.

7

La primera mañana que me fui de su casa, Luna me contó que salía con Verónica.

—¿Están peleadas ustedes, no? —le pregunté.

—Es que Verónica está empeñada en saber lo de su tío—me respondió Luna—. Además, la abuela no volvió a llamarla.

—¿Y nadie sabe para dónde se fue su tío? —insistí.

—Es que Vero no tiene a nadie más y es un milagro que entren las llamadas cuando alguien se quiere comunicar desde allá.

*

Caminando por el barrio de Luna, encontré un parque y ahí me senté para comenzar con el bordado de la fotografía que mostraba a Doña María limpiándose las lágrimas, con un pedazo de tela.

Quise ver la puntada en lo oscuro. Coser lo susceptible de ser cosido con luz. Sin repararle la cara, coser. Rasgando la tela. Remendar lo susceptible de ser remiendo. Sin resarcir la piel. Bordar cortando el hilo. Zurcir lo susceptible de ser vacío, ponerme un dedalaguja y enhebrar el primer hilo marrón.

Derretir el frío de la tela.

Bordar sin tambor. Alisar el lienzo con mis palmas. Bordar sujetando la incomodidad de la tela, la fragilidad de la tela, la temperatura de la tela. Donde ensarté la fotografía, los alfileres.

Bordar arrepintiéndome de no templar y de cuidar los huecos.

Buscar el bastidor en la mochila y girar la tuerca pequeña.

Reservar con atención para no perderla. Quitar alfileres y fotografía. Abandonar hilosyaguja. Ir y volver hasta calzar en la posición exacta. Calcular los bordes para que se dejen estar por fuera y cerrar el bastidor.

Enroscar la tuerca otra vez. Estirar la tela. Ensartar la fotografía de nuevo, con los alfileres de sostén y guía.

Decidir junto a la aguja por qué punto empezar.

La puntada semilla es relevante para el pelo. Recordar que las lágrimas deberán ser pigmento. Sangría que cure el exceso de calcio. La cantidad de huesos. Inventarse la trama.

Los primeros puntos satín separados. Reservar un espacio para los segundos. Trazar en la tela los siguientes. Imaginarlos en otro hilo Anchor, que pase la luz por el color cálido.

Que no sea primario. Que golpee la piel. Coser el retrato sin reparar el semblante. Una abuela rasgando el dolor. Remendarla. Sin resarcir la piel bordar cortando el hilo. Remendar la falta sin remiendo.

Sin remedio zurcir. Pintar el retratollanto sin lágrimas. Bordar con el bastidor de contrafuerte. Llevar la vida de los hilos. Que penetre hacia el centro que llega al equilibrio: donde la tela humedecida por el sudor de mis manos, se da cuenta de que el bordado está.

Al pie de mis pupilas. ¿Cuántas réplicas de Doña María serán suficientes?

*

Y el silencio también golpeaba. No como el viento que mueve las olas galopando. Sino como las nubes lloviendo durante la ventisca que tarda.

Deshacerse. Hasta que en el abismo de la lengua me interrumpa ella. En los besos secretos. Donde nacen las raíces arrastradas por el viento zonda, sin tiempo. Porque no fue por azar que nos conocimos.

Y ese mismo día, cuando ya era tarde volví a verla y me contó que Verónica venía a casa, que traía a la Perra y que la siguiente mañana se iba de viaje. Entonces ahí comenzó el primer tiro largo; aunque parecía que ya había sucedido, que el inicio era otro. Pero no, ahí fue donde comenzamos a esperar, a buscar, a pensar en qué hacer y en cómo seguir las huellas que nunca imaginamos perder.

Escondimos el cuerpo en esquejes y comenzamos a hibernar para llegar hasta una primavera que nunca existiría. Guardamos las aguas como suculentas plantas de lo infinito.

Fuimos los cardos, las epífitas y el ágave de los desiertos, que conservan sus jugos para cuando la vida se pone dura y roñosa. Nos convertimos en lo orgánico. Lo que existe para alimentar el suelo.

Y nos dijimos que los años siempre pasan contándonos lo que somos y nos dan pistas que dejan saber en qué estado nos convertiremos. Cuando ya la memoria está exhausta de que inventemos los recuerdos.

*

Luna, la edad importa y el recuerdo se subraya, quise advertirle el día de la mudanza, cuando llegué con mis cajas a su casa y le mostré el álbum de mi padre.

Un punto acá y líneas que se forman en seguidilla es la cabeza. Enredos de olvido.

Pero no quise interrumpirla porque, como siempre, Luna rastrea. Investigaba un lugar para exponer los bordados de La Abuela, uno que no fuese la galería de Verónica, y después me preguntó si también quería hacer una exposición de los míos.

Pero ella sabía que el material de mi propia colección no estaba listo todavía.

—Yo te presto algunas fotos —me inventó.

—A veces La Abuela bordaba sobre telas manchadas. Le dije. Y le mostré un individual con un árbol de arabescos tipo Klimt, que La Abuela hizo después de que en un almuerzo se derramara la salsa de soja en la tela.

Porque La Abuela todo lo reparaba sin los resquicios de las ondas venenosas, entonces la mancha podría ser un paisaje equilibrado por donde andar iluminadas.

—Que sea la mancha la que guíe. —me decía.

—Mira. Acá tengo algunas con errores. ¡Bórdalas! —me propuso Luna.

Todos mis bordados eran estudios. Pequeñas muestras de las puntadas que me había aprendido. Y los figurativos, bocetos de revistas viejas que había conservado. Le

dije que la idea me gustaba, que jugaría con sus desechos y con lo que La Abuela había dejado sin terminar porque, así como ella, yo sentía que no llegaba al penúltimo movimiento. Pero no entendía el fondo. La fosa.

El retrato de Doña María.

Pero sí había una intuición con ese encuentro. Y la foto del número era para mí el plan y la frontera.

Y esa misma fotografía para Verónica y para Luna era un corsé, el mismo que las llevó más allá de donde es difícil volver. Y que luego, con la misma contundencia, las había tensionado en puntos lejanos.

—Estuvimos acompañando a Doña María y en realidad Vero quería saber por qué su tío se había ido al cerro—me contó Luna.

Lo recordaban sin querer. Recortaban la historia porque es difícil contar las ausencias de un solo tirón.

Me contaban por partes el viaje de ellas dos a la selva. Aquel sendero se resistía a contarse de un tajazo, como la herida abierta que se extravía en su misma piel. A Verónica le gustaba perseguir los misterios. Sabía cómo llegar al meollo de los rastros. Al ombligo de lo que no se explica.

—Y Doña María, te enseñó a trenzar el camino, ¿no? —le preguntó Luna a Verónica. Le hablaba de aquel río que se arma con los pies interesados en el saberfluyendo.

—Es que nadie sabe cómo leer los sentimientos de mi pueblo —mientras conversaba siempre cerraba los ojos, parecía que pidiera permiso a las palabras y después las pronunciaba.

Verónica admiraba a Luna porque es capaz de reconocer el horror que se esconde, ella hurga más allá de lo que las fotografías dicen.

Y Luna no era que se negara a entender la decisión de Verónica. Era que encontraba otra vía para explicar los hechos.

—En la vereda, el adobe con el que se fabrican las casas ha sido alimentado por el aguaentraña de quienes subían al cerro plateado y no volvían —nos describió la geografía y sus límites, pero yo no lograba entender de qué estaban hechas todas las criaturas ahí, ni de qué se trataba el misterio de los ausentes—. Es que yo no me como el cuento de que mi tío se fue para el monte, porque a esta altura ya nadie se va de ese modo.

Según ella, los pobladores decían que era tiempo de estar con la tierra y el río. Y que por eso Luna era importante ahí, que ella alcanzaba a mimetizarse entre los hombres verdes, cuando estaba cazando imágenes. Y se refería a los que nunca dijeron nada, los que bajan por la cosecha sin pagar a las campesinas y por ahí mismo vuelven y suben llevándose a sus maridos.

—No les decimos milicos porque ellos son de otra estirpe. —Verónica aclaraba que era mejor decirles de otra manera, que los hombres no habían sido crueles siempre.

Que los milicos eran los otros, los que no sabían qué tierra pisaban. Que ella necesitaba que permanecieran los sentimientos del baldío para que la gente de fuera supiera lo que estaba sucediendo.

—Y así fue como se inventó el título para la exposición —me dijo Luna después de que Verónica nos dejó esa tarde—.

“Ciento treinta y tres”. La cifra que carga alguien sin extensión ni pulso y que no aparece en el retrato.

—Númerolágrimas, le respondí.

La medición de lo que estuvo vivo. Treinta y tres, el número de los pulmones. De la respiración. Inhale y exhale, dicen los médicos.

—Verónica piensa que ir detrás de matones es tan sencillo, como pedirle permiso a las matas para que le ayuden a perseguir sus huellas.

—A La Abuela no le gustaba ir a la plaza con las demás que a esta altura también fueron abuelas.

Las mujeres se habían agolpado en frente de la casa presidencial. Hacían círculos, gritaban arengas, se ponían pañuelos, lloraban de rabia y no buscaron consuelo.

No querían cifras. Querían a sus hijos.

Y cuando se dieron cuenta de que sus hijas estaban embarazadas, pidieron a sus nietos. La única vez que La Abuela estuvo con ellas, se armó trifulca; y en las calles de cemento pegaban los tacos de los caballos como tiros de los uniformados que hacían de cuatrojinetes.

Caballo blanco atravesaba cuerpos con los ojosrayos. Caballo rojo encendía fuegos en el airenariz y los lanzaba sin dirección. Caballo negro invocaba, en el suelo, la noche eterna para que nadie tuviera nombre nunca más. Y Caballo bayo, pataleaba el fervor amarillo y la fuerza violeta de las mujeres que huían. Y los cuatro las corrían. Las amedrentaban y les provocaban el hambre y la tos a las mujeres de la plaza para que

olvidaran lo que hacían. Pero ellas desobedecieron. Hasta las que no volvieron a juntarse fueron necias.

Un caballo se paró en frente suyo y La Abuela lo miró a los ojos, levantó un brazo y le acarició el costado de la pata que la bestia tenía levantada.

Las otras madres le gritaban a la policía y los jinetes fueron desapareciendo cuando vieron que el enorme pañuelo blanco, casi cobijaba a toda la gendarmería.

Algunos caballos quedaron sueltos y empezaron a pastar ahí mismo. Otros parecían cansados y se echaron a dormir. Varias se fueron por agua y llenaron botellas para calmar la sed de los animales. Ninguna se acercó a donde ella estaba.

La Abuela miraba cómo ellas volvían a reunirse para hacer el círculo y el movimiento alrededor de una estatua que ella nunca supo qué representaba. Y se sintió extranjera otra vez cuando una le preguntó de dónde era.

—Verónica no soporta la impunidad. —dijo Luna.

—Como quien huye de los nudos, ¿por eso viajó? —le pregunté—. Es que es más difícil buscar a alguien en una tierra que insiste en no reconocerte.

8

Luna y Verónica recorrieron lugares por donde yo estuve subida en un bus de camino hasta la ciudad donde ya no había rastro de mis ancestras. Yo subía por el continente y ellas se deslizaban. Y cuando las conocí todavía les quedaba cierto entusiasmo en la mochila.

La última vez que vi a Verónica, me hice a la idea de que la Perra sí quería que nosotras hiciéramos parte de su soledad. Nos hacía remolones en el suelo del patio cuando amanecía y perseguía el olor a ingredientes de cenas o almuerzos, que estuviésemos preparando para comer en la mesa.

Las mascotas jamás fueron bienvenidas en la casa de La Abuela y lo más animal que nos había acompañado, desde lejos, fue el gato cartujo que se quedó conmigo en la casa del río, hasta que la vecina de al lado se dio cuenta de mis llantosbebé.

Pero nunca fui responsable de un animal. Nunca pertenecí al deseo de cuidar perros. Entonces con la mascota de Verónica fue muy importante que se dejara llamar Perra, porque así no debíamos pensar en un nombre con el que pudiese cargar. Así la podríamos llamar por lo que era.

La Perra llegó esa mañana detrás de Verónica. Sus patas de guantes de mugre embarraron el suelo beige de la sala y por poco también el sillón de plush, pero Luna la atrapó en el aire, se la llevó directo al patio y lavó patitassucias.

Claro que Verónica le gritó al animal. Y el grito le sirvió a la bestia para entender que estaba en una casa extraña. Ajena. Y en los primeros momentos cuando estuvo limpia, se echó en la alfombra del comedor a lamerse hasta que logró secarse.

—Ya podés ir al sofá —le dijo Luna, tirándole una pelota de tenis que le pertenecía. Entonces Perra nos miró a todas como quien pide permiso y pegó un salto para acechar la pelota. Le movía el rabo invitándole a que se moviera de nuevo, pero se rindió rápido porque no solo era vieja sino perezosa, entonces, se puso de patas arriba en el mueble y ahí se quedó.

Más tarde, nos asustó un ladrido y después nos acostumbramos a que lo hiciera varias veces, al escuchar que la gente pasaba caminando por la vereda y, de vez en cuando, levantaba las orejas cuando las ramas del aguacate se sacudían.

—Ella come tres veces al día. Pero no le dejen el plato lleno y si deja globulitos del almuerzo, se los quitan —nos advertía Verónica de los cuidados de Perra.

—¿Dónde va a dormir Perra? —le preguntó Luna a Verónica.

—Pues Luna, ya sabés que no me gusta que ella duerma en la cama, pero eso es cosa tuya, ¿no?

—Vengan a desayunar y de paso le servimos a este animalito que debe estar famélica, pobre.

—No le den comida de sal porque le hace mal.

Perra tenía más de diez años. Su pelo negro se volvía cobrizo y rebotaba en las baldosas con la luz que entraba por la ventana. Ahora con las patitas limpias, las medias blancas le llegaban hasta los coditos callosos y el blanco se le repetía en la punta de la cola larga y después en todas las canas que ya le poblaban dorso y barbilla.

Verónica no quería llevarse a Perra para el baldío. Decía que era un lugar de perros y gatos peleadores y que la comida en globulitos era muy cara, que le daba miedo que Perra se convirtiera en una perra de playa.

—Es que ya no le dura tanto la pila y se agita fácil.

Perra se movía y giraba en el sofá como si no fuese capaz de hacerlo suyo. Las noté confundidas. A las tres. Esa mañana estuvimos sentadas en el comedor, hasta que se hizo la hora del almuerzo.

Luna y Verónica hacían de los silencios una fundición sorbo en las tazas de café que nos serví y ahí se quedaban estancadas así ya no hubiera más café en las tazas.

El silencio era un rezago del amor terminándose de cerrar. Era el mosto que aún les quedaba a ambas de aquel viaje. Como si lo compartido ahí, en la casa de Luna, en la galería de Verónica y en todas las rutas por donde ambas anduvieron, quién sabe desde cuándo, se hubiera quedado manchado en el pecho de ellas.

No sé si manchado, pero sí en los poros, en el latido y en la palabra que ahora cuidaban en que fuera dicha.

No existía dilatación ni desparpajo en la despedida que me tocó presenciar. ¿Qué hacía yo ahí, en el decir sin decir: que ya no más?

Lo que había en ambas era un entusiasmo habitado por la pulpa cocida y pasada por un atisbo de infelicidad. El vacío de que algo se marchita aunque la raíz no esté seca. Era el deseo mismo que les calaba. Un hueco. Una falta sin remordimiento. Un nudo que abrazaban, pero que también podía vestirse en rabia momentánea.

Sobre todo incrustada en Luna, cuando en los relatos que contaba de ellas, aparecía el final del viaje juntas. El viaje que arrancaba Verónica sola. Ese punto final que era comienzo, indicaba otro mundo para las dos. Para las tres (más Perra).

Verónica había usado ese último viaje al sur, para recomponer la fuerza y volver al baldío. Volver a los caminos cortados en pedazos, y al dolor ocasionado por los rastros de su abuela y de su tío. El mismo dolor que presentimos en lo que callábamos esa última mañana. Lo palpable, por ejemplo, las vueltas que no tenían principio ni fin. En lo que dijimos en la mesa y hasta en la comodidad insuficiente de Perra girando y girando sin encontrar en el plush marcado por sus uñas, un lugar en el mundo.

—Pónganle un trapo porque les va hacer mierda el sillón —sugirió Verónica. Pero ninguna dijo nada. Yo fui hasta la mochila y obedecí.

El silencio obligado de la separación, las mantenía distantes y ambas tenían la mirada desviada.

En cambio mis ojos no se desprendían de los de Luna y, de ahí, siempre iban a parar al cuello de Verónica, al lugar exacto donde terminaban los crespos de su escandaloso pelo.

—¿Cómo eran las noches en esa playa? —les pregunté. Pero de nuevo el vacío rebotó en la mesa y me respondió que ninguna de las dos volvería a ese lugar. Que no hacía falta preguntar sobre el ahí, donde hubo un solyarena en sus pieles desnudas. Que no regresarán a las playas que fueron el paraíso de sus vacaciones, me dije. Que ni siquiera a las que se convirtieron en el infierno de las dos niñas perdidas y menos a las del río que termina en el cerro plateado. No. Ahora cada cual contaría dos relatos distantes. Distintos cuentos sobre lo que les había sucedido en esos lugares, donde se enteraron de otras mujeres esfumadas o de los pescadores perdidos.

De todos modos, las palabras que usarían y los sentimientos de aquellos recuerdos pasarían arrancando la piel, el dolor de ellas, cada vez que quisieran contarlos. Porque con esas heridas, ellas y las demás fuimos convirtiéndonos en testigos de la repetición de las tragedias, de la violencia y del odio de los hombres.

Los acontecimientos que se trataban de lo mismo, en aquellos lugares que visitaron, las perseguían.

Nos perseguían. Y las conducían al fondo donde comenzó el infierno.

En el último viaje supieron de dos niñas muertas.

—Es que no lo entenderías, Marina. Éramos otras allá—rompió la línea ruidosa de lo callado Luna, tajando las palabras sin poder retomar.

Según ellas, cuando estaban en el pueblo de turistas se enteraron de que un vendedor de colgandijas había encontrado el cuerpo de una joven con el cabello rubio pintado de su propia sangre.

—Llegamos a soñar con que podíamos vivir ahí. ¿Verdad, Lu? —continuaba Verónica. Pero Luna no respondía a esos recuerdos y parecía que una cosa era contar el viaje y otra era volver al meollo del asunto que las había separado.

—Hasta que apareció un costal de huesos helados.

—Una mujer que el mar no quiso llevarse y que la espuma ojalá hubiera podido convertir en otro ser, con otra vida.

—Pero eran dos niñas las muertas y solo encontraron a una...

Muchas criaturas ahogadas alcanzan la inercia y no llegan a ensordecen a nadie con sus gritos, por eso solo pudieron encontrar a la que no se la llevó el mar.

—Nadie las encontró antes de que dejaran de respirar, por eso el mar solo se llevó a una de las dos.

La historia que todas las turistas aterradas contaban una y otra vez; había sido parte del mismo cuento que se escuchaba, en nuestra mesa aquella mañana. Pero en los diarios y en el propio pueblo, el eco y las tumbas de las víctimas, no dejaba de excavarse, como si no hubiera sido suficiente el rastro de lo vivo que apuñaló sus pieles.

Esa era la misma historia de dos muertes, pero contada tantas veces parecía distinta. Nadie sabía el nombre de las niñas. A nadie le importaba quiénes eran. No eran nadie. Nadie les preguntó más a lo que dejaron ellas, porque todos se convencieron de que las niñas, ya no podrían contestar a nada.

La tarde se agotaba, en las palabras de los cabos que íbamos atando.

—Las niñas eran turistas.

—¿Te hago una trenza? —me preguntó Verónica.

—Eran dos universitarias, venían de tu país, Mar—la interrumpió Luna.

—Dale, mi abuela también me hacía trenzas —dije.

—¿Hace mucho llegaste acá? —me preguntó agachándose para hallar un peine de su mochila—.

—Hace un par de meses —le respondí en el intento de recordar el camino—, apenas La Abuela se murió, viajé por carretera hasta acá.

Su ritmo en cada hebra era la caricia de La Abuela riéndose. Algo de eso que tuve que dejar en casa, por falta de espacio en la mochila, me lo devolvieron sus dedos. Me recordaba a las trenzassufrimiento de la infancia de mi mamá.

Verónica me anudó el pelo y me entregó la fuerza de sus huellas.

Escarbó en el cuero: otrasmanos que no me tocaron. Ella no hacía trenzas, dibujaba la extensión de otros rumbos cuando tocaba cabezas.

—Los lugareños dijeron que los tambores fueron los que dieron santa sepultura a ambas niñas —dijo Verónica mientras me trenzaba.

—Y tú encendiste velas blancas en la habitación, todas las noches hasta que nos devolvimos.

—¿Te acuerdas de la parafina manchando la mesita de noche?

*

Todas las tardes después de que Verónica se fue, Luna me contaba otra vez el viaje. La repetición le servía para traerla de vuelta con nosotras y Perra, que también la extrañaba, escarbaba en la mochila de sus trapos y donde habían llegado sus platos de comida.

En las noches, Perra permanecía en el hueco del placard y ahí se quedaba dormida. No comió bien durante varias semanas, le tuvimos que rogar para que bebiera agua y hasta le compramos un biberón para obligarla a tomar leche deslactosada evitando que no se descompusiera ni se volviera famélica.

A todas nos hacía falta Verónica.

Luna encendía las velas del comedor pensando en Doña María, que también parecía estar más lejos de todas nosotras.

Y yo vi los restos de parafinas en el mesón de la cocina. Quise limpiar el azulejo con una espátula para que volviera a ser liso, pero Luna no me dejó hacerlo. Era un desecho duro de las velas. Lo ablandado por el calor de la llama encendida. La parafina derretida y vuelta gota caliente, lo que para Luna debía permanecer. Debía estar presente y ser testigo del nuevo aire. Del nuevo mundo que comenzamos a armar.

Eran las velas que algún día había encendido Verónica. ¿Para qué dejarlas que se conviertan en sumidero de polvo? No eran solo velas del pasado.

Y cuando las semanas sin noticias se fueron sumando, encendimos carbones para sahumar la casa, desde el jardín donde las flores también recordaban las manos negras y la respiración de Verónica.

Cada tarde que nos sentimos abandonadas por ella, miramos al cielo y perseguimos el rastro del humo. La pensamos. La trajimos hasta la casa. La veíamos en dirección contraria a nuestros pasos. En el humo. Pero nunca supimos si eso quiso decirnos algo.

Perra daba pasitos delante de nosotras. Ladraba y aullaba. El árbol, sin aguacates, nos miraba desde su tronco, que ya sobrepasaba la altura de la ventana. Las cortinas nos devolvieron tres sombras alargadas, que rimaban en las paredes. Y el viento entraba haciendo que las telas se engordaran.

—Esas niñas huyeron de la salmuera que viene con el viento del sur — comenzaba a contarme Luna.

Entonces volvimos al loop. Hurgamos en lo que había sucedido con ellas dos en el trayecto que terminó dividiéndolas y, antes del sahumo, Verónica de la playa venía de lejos acompañada de las mujeres perdidas. Las tres desnudas. Sin las mallas, sin collares, sin pañuelos, sin pulseras.

9

Era el árbol bailando para mudar sus hojas sobre el jardín. Y el tiempo dejaba el aguacate listo para que sus brotes comenzaran a darnos frutos alguna vez.

El sonido de sus pasos, desde el cuarto rojo hasta el pasillo y la escalera, me indicó la hora de la merienda. Perra lo sabía y estiraba colatronco después de la siesta.

Eran los hilos tirados al pie de la silla y Perra ladrando al viento.

Como si hubieran pasado años del regreso, la tristeza nos abandonaba brevemente y las heridas estaban puestas en los pigmentos del papel y la tela, como ofrendas.

Ambas cruzamos por todas las fronteras posibles. Pero los ríos y los mares ya tenían otro cauce. Y aunque todos los días nos despertamos desubicadas en nuestra cama. Tuvimos que curar las demás versiones, las cargas para el trayecto de vuelta.

A las que buscábamos en la selva las transformamos.

Las trascendimos. Las bordamos y las dejamos reveladas, se convirtieron en el espacio rescatado por los ecos de su ausencia.

Las palabras otra vez llegaban como escapándose de la otra vida, la que habíamos tenido en la selva. Perdimos la cuenta de los meses que habían sucedido desde el último viaje.

Lo que sí recordamos todavía es aquel río que nos escuchó para entregarnos sus ecos. Porque el nervio es vida y pensamiento. Porque tanto tiempo no es tanto, cuando los vacíos permanecen intactos.

Atravesándonos permanecemos.

Armamos un cúmulo de imágenes de sus permanencias y las sorpresas todavía devienen, de lo que recordamos de las voces y del dolor que no pudimos escuchar.

Imaginamos convertir los laberintos en un camino. Pero aún, en las mañanas, cuando abrimos los ojos, se percibe la persecución del regreso.

Volver a la ciudad había significado encontrar la casa sucia.

A Perra supimos detenerla en un retrato porque tampoco pudimos dejarla con nosotras. Luna había decidido dejarla en la casa del señor que cuidaba la galería de Verónica, y él ya se había encariñado con ella.

Llegamos una madrugada y el camino de esa terminal, que ya parecía un punto repetido en mis hilos, seguía siendo un espacio vacío. Un cajón blanco. Un hospital abandonado que me provocaba arcadas.

Me convencí de que el camino desde el puerto hasta el micro, que nos traería de vuelta, no debía ocupar espacio en mis recuerdos, pero no pude mantener esa promesa con nosotras.

Los últimos palafitos y las casas de bahareque que rodeaban el río, se fueron perdiendo con las curvas y la geografía que nos anunciaba otro suelo.

Pero yo solo me mantuve atenta a la última imagen que tendría del Hombre de la balsa. Su abrazo definitivo. Sus ojos declarando en nosotras una promesa que nadie pronunció.

El límite entre el mar y el continente ahora nos separaría.

Por más de que el territorio nos dijera que no encontraríamos las vidas que buscábamos, Luna se encontraba insatisfecha y su enojo parecía no poder transformarse en alivio.

Cuando llegamos al puerto, el Hombre de la balsa apagó el motor y tiró la soga para amarrar el bote en el muelle.

Los barcos de contenedores parecían edificios abandonados en los que nadie iba a poder sobrevivir. Miraban la ciudad y aplastaban a cualquier criatura que quisiera llegar a la orilla.

La ciudad le daba la espalda al mar, ese puerto era igual a la ciudad de mi infancia. Mi propia selva volvía y se me mostraba. Y yo por fin estaba segura de que me perseguía. Ese puerto era el reflejo de mi otro lugar, que también niega la mirada al río.

Parecía que nunca hubiera podido escarparme. La ciudad le daba la espalda al mar y ahora nosotras al baldío.

La gente de la portuaria no cruzaba mar adentro. Temían que ninguno de los barcos fuese capaz de ir tras su extravío.

Llegamos antes de que la madrugada comenzara. Caminamos desde el muelle y nos encontramos a los pescadores que empezaban a embarcarse. Luna preguntó si era posible que un taxi nos llevara hasta la esquina donde los buseteros esperan pasajeros, pero no había ningún auto.

En las esquinas del centro, las trabajadoras habían madrugado para entregar sus cuerpos a los barqueros y capitanes, que recién pisaban tierra.

Una de ellas nos acompañó hasta el colectivo que salía antes de las tres de la mañana. Nos advirtió que era peligroso caminar por el centro, que apretáramos con fuerza nuestras mochilas, que los carteros podían ser violentos para quitarnos lo que llevábamos dentro.

Mis ojos se nublaron de la humedad y mi nariz me exudaba. Nuestros cabellos se mojaron de la tensión por el peligro y los lentes oscuros que llevábamos puestos, se empañaron.

La mujer cada tanto nos decía que, si algún cliente la solicitaba, ella nos podía explicar cómo seguir de ahí en adelante.

Y los ríos atravesaron inesperadamente las calles, en forma de vapor.

De vuelta, no quise tener una última imagen de sus casas flotantes, porque donde los palafitos huelen a petricor, mi cabeza volvía al lugar donde vivió mi padre escondiéndose. A su miedo extinguido por mi posible existencia. A su miedo resuelto con la noticia de que alguien más acompañaba su huida y la de mi madre. No sé cómo fue que ella le contó del embarazo, pero sé del dolor que sintió cuando tuvo que dejarla sola en la isla.

Tampoco se me ocurre por qué lo sé.

La Abuela no pudo decirlo, pero sé que a ella le dolía no haber tenido acceso a sus testimonios, acerca de la poca felicidad con la que vivían.

Quizá sea una intuición. Una que me confirman las fotografías que me ha dejado mi padre en el álbum. El olor de esos días en la isla invernal, con sus noches inundadas de crecida eran tiempos que podía pensar para recordarnos a nosotras, mientras él huía solo, hasta que lo encontraron quién sabe dónde, para obligarlo a abandonarnos definitivamente.

Él no tenía en la cabeza que fue en un palafito donde nací y por eso decidí bordarlo.

Tampoco que una matrona como las que trabajan, de traer bebés al mundo, allá en la selva, ayudó a mi madre a parir en la isla.

Mi padre es dos distancias a la vez. Lejos y cerca estoy de él. Y la tierra alimentada por su cuerpo me traza caminos donde se reflejan ambos. Él y mamá. Y en la tierra me escriben que no hace falta escudriñar más en lo que no sé de ambos. Que será mejor traicionar a las certezas que no tendré. Que basta con lo que sé. Que eso es lo que se puede conservar. ¿Qué haré entonces con lo roto que está antes de lo entero?

La traición será la manera del hilo para entreverar.

Mi madre será el petricor del bordado y ambos. Sin que importe la ubicación de sus pieles porque la tierra es tierra a donde fuere.

Pero armar un primer plano del bordado también me lleva a otro nudo sobre mi padre, que se asoma aunque sea pequeño. Con él me encuentro en el continente de su fantasmagoría. Y lo veo donde se une la tierra y la imagen que bordo, apenas en un hilo que vibra.

*

No pude dormir. No pude bordar.

En el colectivo en que viajamos, las ventanas tenían cortinas oscuras para que la luz de la mañana no despertara a los pasajeros.

A través de la ventana, primero fue verde y de tierramojada. Después amarillo de tierra áspera, las quebradas sin agua y los perros con laceraciones caminaban por la ruta.

Y al final, después de todos los túneles que parecían venirse abajo, el frío.

En las partes del camino, donde nadie inventó nombres a las veredas, quienes viajan deberán guiarse por los kilómetros, números que determinan la distancia que los acercaleja de la ciudad. Los kilómetros son fríos porque quedan de subida por la montaña, la misma extensión de piedra, tierra y flora fauna que atraviesa a casi todo el continente. La montaña cobija la ruta de niebla y las plantas casi alcanzan a ser de páramo.

Pero no, porque parece que el agua cristalina tampoco llega hasta ahí. Y por más de que aún exista una elevación precisa, para que el aire sea más puro, en la parte seca y llegando a la ciudad, las minas excavan y rompen el cuerpo de la cordillera. Destruyen cualquier rastro que la alimenta.

Amanecen mis ojos en el bordado.

Mi padre me dejó el bilbicor a libro viejo de fotografías (otro “cor” en el centro del latido). Me lo encuentro por fuera de la tela y del cuerpo, cuando ya casi estamos entrando a la ciudad.

En el paisaje que será palafito con puerta abierta y agua en los pies. En la casa de Sol y la Sirenita, que una tarde nos invitaron un chocolate caliente en las tardes en que la humedad se convertía en frío, la selvaapestaba a lluvia y abraza con el olor

agridulce. La vocación de la tierra, en la selva se fecunda, se alimenta y se multiplica cuando hay palabras, ahí se escucha y se sana con la tempestad.

Cruda será la tela y el mangledorado. Los troncos, que sostienen la casa de Sol y de la Sirenita, deben llamar la atención y ser piernas para el centro. Para la casa grande, me inventaré flora y fauna, que salga de sus ventanas y sus puertas que son dos y dos.

A razón de que ellas son silvestres y fertilizan las emociones del baldío para siempre, los colores serán de paraíso terrenal. Ellas que escuchaban y decían lo necesario quedarán detenidas con su luz.

En la tela, la luminosidad y el agua del río, de donde vienen los secretos del cerro plateado acudiendo a sus pieles oscuras para guardar ahí los dolores de toda la vereda. Ellas reservan el grito. Hasta que sea el tiempo de decir.

—Cuando estemos listos para traicionar desde arriba y desde abajo a los del cerro, será el tiempo de decir —había dicho el Hombre de la balsa.

En el osnaburgo fino, las puntadas combinadas para el mangle rojo, los helechos, las bromelias y las casas.

Puntitos en relieve para los yuyos sin nombre y otra vez puntadas cortas para un jaguar, un mono araña y un delfín rosado que salta por la ventana hasta el río, abajo, como la Sirenita de las mañanas.

10

—¿Terminaste? —Me asaltó la voz de Luna que no había visto viniendo por la escalera.

—¿Me ayudás a armar una paleta de colores para la casa?

—¿Por qué no usas la fotografía de la casa donde vivieron ustedes?

—La última vez que la miré fue antes de conocer el baldío.

La tarde que me mudé definitivamente a esta casa, Luna me ayudó a desarmar las cuatro cajas que tenía y en una de esas había encontrado el álbum.

—¿Qué es este tesoro? —me preguntó. Y yo, que tanto no hablaba de esos recuerdos le dije que lo abriera.

En el álbum, las páginas rozan el alambre a las que se encuentran anilladas. Luna acarició las páginas y se quedó en silencio, no preguntó quién hizo las fotos.

Pero ese fragmento, sus dedos quitando el papel celofán y despegando las fotografías de la cartulina, que aún conserva el pegante en líneas, no se me olvida. Se detiene en la primera y avanza, se devuelve.

—Hermoso grano parduzco —describe textura y vuelve a pasar, yo persigo su mirada, ella asiente y me mira, me mira encontrando algo que no tengo—, es verdad, La Abuela tenía razón, te pareces a tu padre.

Me lo dice aunque mi padre no aparezca en las fotografías.

Alguien toca el timbre, algo pasa por la ventana, Perra se asusta y ladra, pero cuando me asomo por la ventana no es nada, solo una rama del aguacate que se partió por el viento porque viene la tormenta.

¿Me parezco a mi padre porque mi cabeza se asienta como la de él en el hombro de ella? ¿Me parezco a mi padre por la cantidad de lunares desde el cuello hasta los pómulos?

¿Por qué lo dice, si mi padre no aparece?

—¿Quién dijo que ese era mi padre?

El árbol mueve de nuevo sus ramas. Salgo al jardín y Perra me trae la rama rota que ha caído. Veo a Luna desde afuera, que no se detiene, que sigue repitiendo el movimiento de la muñeca.

—Nunca me enteré de cómo ese álbum había llegado a quedar en la última casa donde mi padre vivió con mi madre—le digo zapateando el polen de mis suelas en el felpudo de la puerta.

—Sí está, míralo.

Me asomo a la foto y le digo que no sé qué historias pretendía contar él con las fotografías, que parecían ordenadas de manera concienzuda. Que siempre intuí algún hilo en el orden y la disposición.

—Ninguna está marcada con fechas y tampoco nombres de sitios.

Cualquiera podría entender.

—Lo que él quería contarme era la casa donde estaban esperándome.

—Él tiene la garganta tocándole la clavícula a ella, mirá.

—Sé que es mi madre porque hay otras fotos de ella.

—Ella transpira. ¿Cómo no lo notaste?

Con razón La Abuela se detenía en eso y me hablaba de su timidez, de sus ojos.

—Se le nota cansado.

—Parece que estaban bailando, mira sus ojos —me muestra Luna. Y es verdad, ella tiene la frente brillante y el fondo es luminoso.

La pose de ambos es de agotamiento, pero están contentos, jóvenes, de traje, elegantes, de fiesta. La pose parecía imposible. Si él tuviera la cabeza levantada, entonces lo hubiéramos podido mirar a la cara, pero se escondió, siempre se escondía. La pose imposible es porque agachó la cabeza, el cuello partido.

—Como si le hubiese dado un abrazo por la espalda a ella y se hubiera arrepentido de mirar a la cámara.

—Acá está la que te decía, la del palafito. Mírala.

Parecía como si la hubiese hecho desde el río.

En primer plano estaba el agua y la orilla, pero después el muelle conducía a quien viese la foto hacia los troncos y encima. La casa amarilla y puntiaguda, pequeña, con un balcón y una hamaca tejida que envolvía al gato.

Una casa de muñecas.

Madre afuera, con un brazo estirado, lo saluda. Y yo adentro de ella con la cara de panza. Ella lee un libro.

11

Luna escanea e imprime imágenes en su estudio.

Afuera, el aguacate se bambolea pero no da frutos todavía. Tendrían que pasar diez años para probar el manjar que Doña María había sembrado. Y entonces, al menos ambas y todas las demás, serían parte del bordado y de estos hilos que abandono.

Abandonar se repite como cuando llega el tiempo de cocinar el desayuno a la mañana y después junto a Luna, el almuerzo y a mitad de la tarde, la merienda.

También decidimos ser hortelanas de esta tierra en el patio que vemos desde la cocina. En el jardín vive el agradecimiento, en las plantas de ese lugar que encontramos al regreso; enmalezado de vida, de enredoverde y de flores aromáticas de caléndula, cimarrón y de lavanda querida sembrada por Verónica.

La noche en que los tambores, lejanos a nuestras voces, repiquetearon y nos avisaron que el camino estaba por cerrarse. Que las marimbas de chonta nos empujaron a volver, nos dieron otras vidas. Nos devolvieron la respiración. Porque el tambor es el ritmo de los pasos, el eco de la existencia. El latidocorazón.

En el regreso, con el sereno a cuestras del guayabo. Una palabra nueva. El guayabo convertido en llanto entristecido para la despedida. Nos reímos en medio de la tristeza. Nos transformamos en lo que la Sirenita era. Pielas encendidas.

Los tambores nos marcaban el tiempo del silencio, ahí donde los recuerdos y el presagio contaban la inminente violencia que sucedía pero se nos alejaba en la mirada. En el mar que no tiene inicio ni fin cuando aparece el río. En las plantaciones de plátano y árboles de mangos y grosellas. En el cerro a donde sabíamos que estaba prohibido ir.

Y la vaqueta que pegaba en la guaduachonta traducía los mensajes que valía la pena atender para no lamentar; así fuese la huida una salida para la no repetición.

Y nuestro regreso se hizo perentorio con el tambor de la celebración. Con los muertos en la selva, que traemos hasta el árbol, el ladrido, la tierra, las fotos, las flores, la maleza y estos hilos.

Volvimos del caserío.

Casitas de madera con patas de palo inquebrantables y eternas, el mismo paraíso levantado por los ancestros pescadores del marrío. El caserío cantado por las criaturas que cuelgan de las palmas y que humectan el ritual con sus aguas.

La última noche de las estrellas negras no cenamos. Acompañamos a la gente del caserío para el jolgorio que no era para celebrar la alegría sino la partida. La ausencia de quienes ya no estaban.

Luna había bebido demasiado viche en la caseta. La quietud de la selva era respiro. La selva quieta desnudaba los sonidos que no todas podremos escuchar. Y los niños gritaban y las niñas corrían detrás de ellos. Las madres esperaban sentadas y las abuelas freían yucas.

Desnuda, en su naturaleza, ella viaja lenta.

Y para verla hay que usar otros ojos. Los que son capaces de trenzar y arrancar el silencio del viento. Los ojos de Doña María. La herencia de Verónica. Los ojos de la Sirenita. Los brazos del Hombre de la balsa. El viche de Sol. La muñecadados de Luna.

Mis dedos pinchados aprendían lo que al comienzo imaginamos que no aprenderíamos. A calzar en nuestras máscaras el riesgo de lo inesperado, lo indeseable. Vernos en el agua, encontrarnos en la corriente abierta e incierta que solo trae órganos inundados y pulmones deshechos. Aprendimos a vernos desde otra dimensión que nos arrastra.

Para estar buscando lo perdido en la selva, había que mirarse en ese reflejo. ¿Cómo olvidar a Luna bebiendo los restos de su silueta en el espejo de su habitación? Ahí donde todo comenzó con la música desvaneciéndose y encontrándonos para que fuéramos a encontrar a nadie.

En la despedida, cuando una de las Mayoras alzó la copa de viche y brindó por los que se habían perdido en el manglar, todas brindamos con las lágrimas en los ojos e intentamos no olvidarnos de lo obvio, de que aún podíamos levantar la copa. Del agarre y de la sangre corriendo por nuestras venas. Entonces la sonrisa nos mantuvo vivas. Los niños seguían corriendo detrás de las niñas y sus piecitos se camuflaban en el suelo barro humedecido.

La lluvia de aquellos días bañaba estando dentro y fuera de los techos, porque la lluvia no viene de arriba, sino de todas partes en la selva.

Se detiene la lluvia y el suelo es barrizal.

Cuando llueve, la selva nos está llamando a no volver. Te expulsa por el agua que también es capaz de traerte. Dice que el viento nos junta hacia el fuego, como aquella noche en que todavía quedaron algunos pescados crudos, que más tarde alimentarán a la multitud niño.

Los puedo escuchar.

El ladrido de Perra, que ladra en otro lugar. Escucho las ausencias. A las criaturas que juegan. Las niñas corren más rápido y huyen para que no las alcancen en el juego de policías y ladrones. ¿Qué se habrían robado las niñas? Las sonrisas que convierten en picardía para fugarse a otro mundo, donde el río ya no arrastra a nadie.

¿A quiénes se habrán llevado? Las recuerdo a las sabias que pretendían devolver las almas ausentes. Algunas regañaban a los niños cuando se acercaban demasiado al fuego o al borde del palafito.

Las niñas eran más desafiantes con el peligro y los regaños de las abuelas. Algunas llegaban a la orilla y se prendían de alguna estaca, que les servía de sostén durante algunos segundos en el aire, hasta llegar otra vez al suelo.

Salí corriendo cuando uno me tocó para que persiguiera a otro. Pero las niñas ya estaban cansadas, algunas se habían sentado y otras pedían bollitos de yuca o le mordisqueaban las empanadas de pescado a sus mamás.

Las adultas ríen. Recuerdo sus dientes y los labios gruesos y marrones. Las abuelas dicen que ya estaba bien del juego, que pronto será la hora de dormir.

El Hombre de la balsa mira a Luna, porque así es como la llama, con los ojos. Llevaba días sin palabras, el Hombre de la balsa. Se nos acercaba mirándonos y levantando el brazo, diciendo con la mano y haciendo un gesto triste con los ojos mientras suspiraba. Él lleva la frustración en el color de sus ojos que ya no son capaces de diferenciar cuándo es de día ni cuándo es de noche.

Puedo recordar sus ojos. Las arrugas flechas en las sienas. Los años imposibles de sus cabellos blancos. Se lleva a Luna para fuera y ambos se pierden. Y las nubes se espantan. A todos nos iluminaba un lucero brillante y en el horizonte oscuro el círculo lunar hacía ondas en el agua.

Las Mayoras les siguieron los pasos a Luna y al Hombre. Y la tristeza invadió las miradas a todas ellas también, como si fuera una enfermedad constante, una fuerza natural de la selva intacta que venía con el viento del continente.

Ellas sabían a qué venía el Hombre y qué noticias del puerto cargaba. Por eso encendían antorchas y las clavaban en el círculo de los músicos que comenzaban a golpear la guadua. Y entonces el fuego les servía para trenzar a las niñas que ya cansadas quedaban sentadas en el suelo.

El Hombre de la balsa llegó con algunos datos exactos de otros pescadores que se habían arrepentido de haberse ido para el cerro plateado. Pero no sabía nada de las mujeres. Las semanas en el baldío parecían las mismas cuando lo escuchábamos

repetirnos el cuento de los mismos hombres que entraban al mar para llevar pescado y vender en el puerto. Los hombres que no eran milicos sino que seguían siendo esclavos de los que sí habitaban el cerro, los hombres se negaban a decirnos si habían visto alguna de las perdidas.

Esa noche ocurrió lo mismo, el Hombre de la balsa no tenía la información que nos interesaba. Solo podía asegurarnos que ellos conocían a otros que se los había tragado el aguasadentro.

Hombres pescadores que también Verónica había conocido y que habían sido amigos de su tío y vecinos de Doña María. Pero ni rastro.

Aquellos mismos hombres a los que doña María había ido a buscar río arriba, mar adentro y hasta en caseríos aledaños, para que le dieran las últimas esperanzas de vida que no resolvió sobre su hijo. El mismo hijo que se fue sin saber que ellas se extraviaron buscándolo también a él.

—Ya no los matan sino que los desaparecen —le dijo el Hombre de la balsa a Luna.

Siempre la misma respuesta. El último hombre que nunca volvió fue el marido de una mujer embarazada, que nosotras habíamos conocido en la balsa del Hombre, cuando recién llegamos al caserío.

—Dijeron que lo bajaron del carro y lo metieron a una buseta, es lo único que hemos podido averiguar en las últimas horas.

—¿La mujer todavía no lo sabe?

—No, hija. Es mejor que una de las Mayoras vaya y se lo cuente, no vaya a ser que la noticia le haga venir la niña.

Cuando el Hombre de la balsa llegaba con esos testimonios, su tristeza lo dejaba otra vez encallado, metido en el aguacero de la angustia. Una tristeza que apenas podrían compararse con aquellos cielos donde parece que llueve pero no, no llueve, sino que el cielo se rompe y cae sobre los techos de lata y por eso es que ahí la lluvia es lo único eterno.

Así se sentía el Hombre de la balsa. Así nos sentimos todas. Y él se desplomaba de saber que otra mujer más iba a quedar viuda y hambrienta en el caserío.

12

Los relámpagos rasgaban el cielo pardo, pieljaguar agrietándose por un cúmulo de líneas como flashes. Eran los letreros de neón del microcentro.

Eran los rayos quebrando la selva.

Veíamos las luces desde la casa, y desde ahí veía el gas. Opaco.

Lo mismo vimos con La Abuela. A una cuadra de distancia o desde la vereda de enfrente de casa, cuando había niebla baja en la ciudad. Los pasos de La Abuela me conducían por el barrio de edificios que nos taparon el cielo. Los edificios franceses que antes fueron poblados de migrantes europeos se tragaban nuestro departamento Phchorizo. Desde nuestro patio veíamos un rombo de cielo dibujado por las paredes vecinas. Nada de sol para nosotras. Ni la estrella de la bandera nos cobijaba cuando no era invierno.

Caminábamos por las veredas angostas, y, si había llovido, las baldosas de cemento escupían arbitrariamente las botas de nuestros pantalones. Las calles se convertían en escaleritas que íbamos ascendiendo hasta llegar por fin a la heladería. Las Flores le pertenecía a un heladero gallego, terco y caradura. Un viejo, que fue siempre viejo y que se negaba a cambiar los muebles. La Abuela me contaba que en esas mismas mesas amarillas su niña pasaba las tardes enteras después de la escuela cuando su amiga Luisita la llevaba a tomar el mejor helado de dulce de leche de la ciudad.

La Abuela me llevó a Las Flores, todos los fines de semana desde que me acuerdo.

—Llueve, truene o relampaguee, mañana vamos un rato a la heladería —me decía La Abuela los viernes a la noche.

Y si decía: mañana. Entonces decía sábado y domingo.

Así como a mi madre, a ella también le encantaba ir por helado, especialmente cuando hacía frío. El gallego ya sabía qué pedíamos, pero La Abuela debía repetir de todos modos los sabores porque, para él, negras, eran negras de mierda. Y las cabecitas negras no saben hablar, decía él y la gente igual a él.

Tomábamos dos bochitas de helado en vasito y recuerdo que los cucuruchos del gallego tenían la misma edad que cada uno de sus muebles viejos.

—Menta y fresa —solicitaba La Abuela, pero siempre tenía que traducir fresa por frutilla para que el viejo le entendiera.

Al cabo de que pedíamos nuestros helados, La Abuela me preguntaba si quería caminar o si prefería quedarme sentada. Entonces, por más que quisiera tomar solhelado, prefería quedarme a ver cómo la nieta del gallego ayudaba a revolver con un palo oscuro la crema de la máquina.

Soñaba con trabajar haciendo helado en Las Flores. Partiendo la fruta de estación y mezclando en espiral, hasta hacerla cremosa. Entonces nos quedábamos y La Abuela miraba a la gente que pasaba apurada, como si la semana no hubiera terminado.

Nos sentábamos en una mesa al lado de la ventana de la heladería y desde ahí veíamos otra vez, las formas geométricas del cielo que dibujaba el cemento de las edificaciones y también las nubes estampadas en los vidrios percutidos por el smog de los colectivos. Pero si había niebla, parecía que el cielo se había tomado un descanso de altura y bajaba para acariciarnos a todas.

En los días de frío, cuando La Abuela me preguntaba si quería caminar o que nos sentemos, yo prefería acariciar la humedad.

Al alejarnos de Las Flores, por la vereda que nos conducía hacia la casa de su amiga Luisita, me daba vuelta y caminaba como los cangrejos para ver cómo se desvanecía el letrero de neón en las nubes bajas. Las letras de colores se perdían con los gases del cielo que teníamos tan cerca.

Y no era ese mismo cielo de la infancia, el del palafito. Ahí golpean las centellas. Las luces se expanden desde un centro irreconocible de la Tierra, hacia arriba y hacia abajo. Son una tormenta eléctrica que calla la voz del mar. Un cúmulo de tubos exaltados de velocidad por encima de las nubes. Las quemán. Las hacen polvo.

Los truenos mienten a quienes están asomándose a verlos. No prometen el albor con que tocan quién sabe qué, a distancias que nadie es capaz de localizar.

En la selva, los truenos llegan con la bravura tropical. Azotan con vehemencia. Y se olvidan de su propio estruendo, porque lo único que no pueden golpear es al silencio del silencio.

Mientras el cielo se llena de celajes gordos y comprimidos, la caída de la lluvia se encarga de apagar el interruptor de su impacto. La precipitación del agua baja el volumen del bramido y pega en el suelo del monte de plata. Lo condena a que nadie pueda pisarlo.

Y así atormenta la selva.

Todas las tardes en la selva es difícil intentar huir de los dolores que nunca compartimos de otros tiempos, de otros lugares y de otras personas. Por eso en el baldío, nadie pudo imaginar mis tormentas y quizá tampoco yo pude traducir en palabras las de la gente.

*

Por primera vez en mucho tiempo, Luna tiene la cabeza gacha y se mira las manos buscando lo que ya todas habíamos perdido. Es una mantis dándose cuenta de la derrota.

Las tenazas imprecisas. Los hombros encorvando su altura. Un insecto de la devastación, que pende del hilo que no existe, que le dirige las pupilas hacia el suelo de tierra para abandonarla.

Nos quedamos adentro. Yo con las terminaciones de Doña María en pleno llanto. Otro bordado que reproducía su tristeza. Sin saber todavía que habrían más rostros para la colección de su gesto. Que ella se me iría acumulando vuelta puntosnudos. Hecha en la tela.

En cambio, Luna parecía que no estaba en ningún lugar. La veía desafinada. Sin canción. Sin arrullo.

En el limbo de aquellos pensamientos que no merecen entenderse, la miraba distante. Metida en ella, conservé el ímpetu otorgado por el escaso aliento de la tarde ayudándome a dar los penúltimos movimientos con el hilo, en los que no me permito fallar.

Me irrita tener que devolverme en el camino andando en la tela cuando ya he aprendido a conocer su geografía y a cómo es que debo tramarlo.

Con cada bordado, un movimiento obligado aparece para indicar el ritmo. La música perfectamente ensayada. Por esto es preciso que Luna se fugue un instante para que ambas estemos solas y dentro nuestro, aunque esa intimidad sea una falacia

palpable, porque en ese espacio sin tiempo, el hilo no pifia en las notas que marcan el final.

La verdad es que los errores ocurren al principio. Cuando se enhebra, cuando se dibuja la silueta. Cuando no logro comprender los límites que nos separan a Luna, a mí y al estado de las circunstancias en la creación de lo que aparece solo en el lienzo.

Ahí es cuando más me falla el bordado en la tela. Dependo de las circunstancias para atravesar con la aguja y dar pinchazos adecuados, si no me distraigo, lo estropeo.

Con la concentración absoluta, con el lugar a donde me desplazo para meterme por los hoyos exactos, es posible la abstracción del tiempo por fuera de los dedos, por fuera de mí misma. Y el bordado transcurre mientras ella está muda, cuando la posición de los ojos cabe en las grietas.

Los relámpagos rasgan el suelo y nos presagian que es tiempo de volver sin nada en las manos.

El Hombre de la balsa y Don Petronio lo habían dicho, con el conocimiento de quienes pueden leer el movimiento de las aguas. Que debíamos esperar a que ocurrieran los milagros y a que aparecieran en formas oblicuas, y no en los testimonios de señores que no se pronunciaron nunca. Quizá en las ocurrencias de la Sirenita del río. De aquella almita profunda mojándose en los milagros de los muertos con los pulmones inundados.

Los muertos que alimentarán por siempre a la tierra abnegada. Ambos hombres se referían a los anuncios; al pañuelo que Luna se ató en su muñeca, la niña con la tobillera que era pulsera de Verónica, un regalo de amor hecho por Luna en aquel viaje desafortunado, el adornocolgandija que también nos tejía con la historia de las otras niñas esfumadas en la espuma de algún mar del sur.

Porque un regalo no es un regalo cuando no carga con su propia colección de pesares y la tobillera antes pulsera fue entregada por las aguas a la niña. Y los regaloenredijos se convirtieron en lo que desenreda los misterios llorados por la gente del baldío.

—Eso es lo que nos entrega la selva —nos había dicho el Hombre de la balsa.

Y se refería a los cantos abrazando el pie de la sirenita. A los gritos que nadie escuchó. A las semillas en la niña. Las purgaciones. Los hallazgos de otras pieles extraviadas pisando la superficie desde el más allá.

*

En la casa de Doña María, la inundación se aproxima a las tablas. Llegan desde la puerta de entrada, hasta un tramo antes de la habitación.

Le temíamos al aluvión por más que Sol nos hubiese dicho más temprano, que no se veía venir un desbordamiento del río que terminase en avalancha. Pero la crecida era tan visible por las rendijas de la superficie, como lo que ambas no fuimos capaces de decir. El dolor que otorga la verdad.

¿Cómo saber si es agua yendo y viniendo con rapidez, aquello que aparenta convertirse en diluvio?

—¿Será el viche que no paramos de beber desde que se fue Sol? —Le pregunto.

El cielo se nos viene encima de la casa. Los rayos iluminan desde afuera. No hace falta que gaste la batería de la lámpara para seguir bordando, por más de que la penumbra nos persiga por toda la habitación, queda un rayo atravesando la ventana abierta. Y es imposible medir los segundos y las horas porque ahí no existe ese conteo de la vida.

Luna está deshecha después de saber que la Sirenita lleva el penúltimo presagio. Su silencio, que desprende ira y dolor, hace mella en los estómagos de ambas. Se incrusta en mis manos y en sus ojos, en sus millones de ocelosespejos en la tempestad, a donde parecen mirar a Verónica que es fantasma, a lo que sucedió en esa casa antes, cuando los muebles estaban intactos y Doña María cocinaba y le mostraba cómo debía plantar el aguacate.

*

Verónica tenía la piel tostada sin necesidad de que el sol hubiese hecho aquel milagro. Verónica pielmulata y cabello ensortijado; apretada la cabeza. Trenzas

diminutas. Líneas de pelo del mismo tamaño desde su frente hasta la nuca. Cabeza trezada por las lavanderas, por Sol y la Sirenita, las mujereselva.

Porque así había nacido. Hecha de nudos que fluyen en las cabezas. De su madre y ella, de Doña María, de esa estirpe todas las demás, las que también parieron a los que hacían falta.

A Verónica la cubría un manto para envolvernos sin pedir la ternura. Mujertrenza capaz de existir para que la impiedad del mundo se agotara.

Cuando la vi, me abrazó y olía a las orquídeas de La Abuela.

—Es de orquídea negra. La del recinto para descansar hasta agotar su pigmento —me dijo.

Ella nunca se olvidaba de palpar el terciopelo de la belleza. Armaba espacios para que cada artefacto que ocupara lo vano permaneciera.

—Lo que está dispuesto merece exhaustivo cuidado —decía.

Las paredes del recinto, allá en su galería, se desplegaron formando un cubo blanco, que solamente podía ser ocupado por objetos fijando la mirada en quien entrara a la exhibición. Colgados de las paredes, apoyados en el suelo o sobre los muebles de las dos salas contiguas, nos miraban.

—Lo que vemos nos envía sus miradas desde aquellos lugares a los que nunca vamos a llegar—me dijo en la exposición donde las conocía a ella y a Luna.

Yo miraba la fotografía de su abuela, y ella se acercó para decirme que ese llanto no estaba solo en los ojos. Y era verdad, porque las lágrimas estaban más allá de ella y del pañuelo. El agua que nunca dejó de desprender Doña María caía al pozo siniestro, a donde iban a parar los perdidos.

—El olor a barro se mezclaba con el de fermento de nuestras bocas —dijo y me señaló una pared cubierta del humus perfumado con canela, donde habían instalado las fotografías.

Aún quedaba un sorbo de la bebida cuando levanté mi copa de la mesa y quise encontrar los ojos. Volví al último nudo sobre el revés cuando dejó de llover. Empaté la hilacha y la corté con los dientes.

Algo se desvanecía en algún lugar cerca. Una esfera sin error en los nudos y el olor a bosque de flores negrapistilos brillantes se convertía en frisa epidérmica.

La detención del agua tan violenta, igual que la furia de su caída, nos indicaba que hacía falta una pieza milenaria en ese pequeño mundo del abandono. Un fragmento desplomándose hacia el espacio, a donde se fueron los huesos.

13

Éramos balbuceos, laleos, besos, ruidos y gemidos.

—Hicimos frente con la espalda —me dijo Luna.

Escaneamos las fotografías y bordamos los puntos para que sigan escuchando las músicasvoces oídas. Para recibir el impacto y que todas lo sepan. Escaneamos y bordamos para la muestra, para el homenaje, para la denuncia.

—Una luz en la tela que es piso negro, que brille sobre los hechos —respondí.

—Que el silencio cuente la certeza a la que nos aferramos.

Allá en la selva, me convertí en monosílabas. Me instalé en casa de Doña María. En la piedra, hasta cuando la humedad se nos cruzó en los pasos y el camino anudó los lirios del río. A trato abierto, en la corriente.

Y cuando la muerte se nos presentó para que dejáramos de buscar, los condenados fueron cómplices de lo que germina. Entonces los volvemos mancha y nota de las verdades enfáticas que punzaron para que lo que lastima de sus ausencias permanezca vivo en el presente.

Cuando supimos que amarse era darle la espalda al horror, las palabras volvieron, y entonces el tiempo fue la porción de espacio vacío, para las fotografías y para los hilos. Para el espiral que me hizo Verónica en la cabeza. Para los nudos que se habían atado en la trenza.

—En las fotos siempre estuviste vos, como papá, que estaba aún sin aparecer enfrente de mí.

—Ahora los puedes ver, Marina —me dijo Luna masticando un pandebono frío que había quedado del desayuno.

—Una luz sobre los hechos.

Sin decirlo, tenemos la certeza a la que nos aferramos. Debía ser la foto y el hilo que la bordea.

—Es que nosotras perseguimos aquel misticismo que ilumina y que no es mentira.

—¿Te acordarás de qué color era el pañuelo? —le pregunto, como si no lo hubiera visto, como si su muñeca llevara puesto otro pedazo de tela que lo estuviera reemplazando.

—Este es el pañuelo. Es el mismo que le secó las lágrimas a Doña María.

Las horas espesadas se volvieron tardes del tiempo humeante de la selva buscándonos en casasilenciosa y ya sin ladridos de Perra. En la ciudad el fresco vespertino desaparecía.

Verano eterno.

Caminábamos con dificultad hacia la galería todas las tardes. Abrimos una exposición. “La casa de ella: la trenza” y la declaramos como el primer homenaje. Una penitencia. Creamos un ritual para despedirla y nuestros pies se dieron cuenta, ya no eran piedras sino gomaespuma callosa del asfalto.

Sentimos a Verónica en el cuerpo. La nombramos. Colgamos sábanas blancas y tiramos en el piso de baldosas blancas y negras, el viche que Sol nos había dado y trajimos de la selva.

Colgamos sus turbantes en marcos dorados.

Los collares de chaquiras rojas y semillas negras nos sirvieron para marcar el camino de las salas, de su historia.

Y con las sábanas, que había dejado en su cama, hicimos una trenza mediana y bordeamos el marco de entrada donde comenzaba la exposición.

Repasamos su vida juntas. Para que los fantasmas que nos habíamos traído de la isla ya no fuesen monstruosos.

Vinieron todas las artistas a las que Verónica había dedicado curadurías en otros tiempos. Luna escribió un obituario que se publicó como nota de cultura en el diario de la ciudad. Envío una crónica con las fotografías que había hecho durante el primer viaje. En varias estaba Verónica caminando por el sendero donde la gente del baldío había hecho aquella humectación de la tierra cuando los monos gritaban. Luna había fotografiado el ritual y en las fotos las Mayoras aplaudían y cantaban para incendiar el suelo.

Si se quema el monte dejalo quemar, que la misma cepa vuelve a retoñar.

La fotografía que abría la exposición era la del piecito de la Sirenita.

La que anticipa que los huesos faltaban, que una mujer estaba pero no estaba.

Si se quema el monte déjenlo quemar, que la misma cepa vuelve a retoñar.

Que las paredes la recordaban, que el suelo contaba los pasos que había dado y que en el techo rebota su voz todavía.

Si se quema el monte déjalo quemar, que la misma cepa vuelve a retoñar.

Pero las autoridades de la ciudad nos ignoraron. La sala de exposición estaba húmeda como si el aire acondicionado del centro cultural estuviese averiado. Las fotografías estaban impresas en grandes formatos de tela que dejaba su textura envuelta en la tinta que iba en negros y grises dibujantes de contornos y caras, las escenas por donde habían estado algunas vez los en los manglares, los ríos, los pedazos de mar de aquella selva.

Las fotografías de Luna preguntaban, eran ecos, reclamos.

Si se quema el monte déjenlo quemar, que la misma cepa vuelve a retoñar.

La gente recorría los pasillos y no murmuraban sino que escuchaban lo que cada pieza venía a decir.

Por más lejanoS, a La Abuela y a mis padres, que fueran aquellos objetos, las personas, mis ausencias también estaban ahí presentes. Ya no perdidas ni mudas.

*

La galería era la casa de la ternura que nos sostenía. La sentimos hogar. Cocinamos la receta de los tamales de pipián de La Abuela para que las invitadas se congregaran y, entonces, les conté que me los preparaba sin falta todas las mañanas de mi infancia.

—La Abuela abría la puerta de mi habitación y encendía una lámpara de pie. Entraba con cautela y cuando abría los ojos, ella estaba sentada en mi cama. Me entregaba la toalla y decía que el agua ya estaba caliente y que el baño estaba listo para mí.

—¿A qué se dedicaba tu abuela? —me preguntó una.

—Arreglaba ropa y preparaba comida. Cuando migró se encontró con Luisita, una mujer que se había ganado la vida haciendo fotografías a las vedettes de la televisión y el teatro de los setenta.

—Y tú, ¿a qué viniste acá?

—Creo que vine a buscarla.

—Marina trabajaba en un almacén de objetos antiguos que quedaba junto al estudio de Luisita —me interrumpió Luna.

—¿En serio, trabajaste con Luisita? —me preguntó la periodista que publicó el obituario de Verónica.

—Al principio solo en la compra venta, pero después Luisita quiso que la acompañara a organizar su archivo.

—Es que ella era como una hermana de La Abuela de Marina. —dijo Luna.

Luisita no era famosa en mi ciudad, pero sí las vedettes que fotografió y La Abuela la adoraba, estaba enamorada de las fotografías que su amiga hacía de los perritos.

—¿Por qué no se pegan ese viaje hasta allá? —le propuso la periodista a Luna.

Cuando trabajaba en el estudio de Luisita, me iba con ella y su hermana al cine, dos veces por semana. A veces íbamos también con La Abuela, pero ella insistía en que yo debía tener amigas de mi edad. Pero a mí me costaba mucho alejarme de La Abuela y mientras pasaba el tiempo, la veía envejecer y que se movía tan lento, el miedo a que ya no estuviera, era algo que me atormentaba. Por eso prefería quedarme con ella.

En casa, bordaba y ella tejía y a veces, me pedía que leyera las revistas de historietas que venían en el diario.

14

La náusea era enredadera la tarde que llegué a esta ciudad.

El dolor de la contractura me dejó tiesa en una banqueta de la terminal. La misma terminal a la que volvería con Luna. La del pasillo que era igual al del hospital donde estuvo La Abuela hasta que murió.

El dolorpasillo era un espacio donde también el anuncio de la muerte caminaba. Parecía secreto. Tuvo que pasar el tiempo, que ya no tiene sentido contar, para que me diera cuenta de esa anticipación. El dolor en la garganta y el dolor incrustado en forma de nódulo en el esófago.

Pero no lo supe aún sintiendo la raíz enredada en la garganta que después se convertiría en trazo de hilos. En nudos para el revés. En una muestra de hilos.

Era el dolor de garganta que se anquilosa en algún hueso o espacio de la tráquea o qué sé yo en qué parte del tubo.

Había estado mil horas arriba de un micro para llegar a un lugar donde pudiera no estar sentada y cuando bajé había terminado casi en la misma posición. Acurrucada del dolor en una silla sin acolchado. Y cuando estaba a punto de salir por la puerta de la terminal, no pude aguantar más la náusea.

Una vendedora de dulces se acercó en un changuito heladero, al que le rechinaban las ruedas. La estridencia de las gomas contra el suelo me vibraron en la garganta y me atravesaron el cráneo.

—Chicles, gomita, agua, sandis, helados —gritaba la mujer del changuito.

—No, gracias.

—¿Tiene mareo? Si quiere, tengo mareol.

El dolor me trepaba desde los riñones. Estaba convencida de que algo del malestar tenía que ver con aguantarme el pis por tanto tiempo o era por no comer. Había aguantado hambre las últimas horas del trayecto arriba del micro para no gastar más guita. El dolor subía como si una cola alargada se arrepintiera de su crecimiento. Decrecía a lo largo de mi columna vertebral con lentitud.

Con la cabeza, volví a decirle a la señora que no.

—Esto por acá es peligroso a estas horas, hija. Tenga cuidado —me sugirió la mujer—. Mire que anoche asaltaron a dos mujeres que vinieron en la misma flota que sumercé.

Dijo que me fuera, que el barrio estaba lleno de hoteles.

—Gracias, ya me voy. Pero me quedé sentada un rato más, hasta que me sentí menos mareada y pude leer el ticket de la furgoneta que me llevaría a la siguiente parada.

Inmóvil y con la cabeza levantada permanecí. Era notable que mi cabeza tampoco soportaba la luz del día, ni el movimiento del cuello. Dolía y se repetía de otros modos que me provocaba una nueva contractura, ahora en los hombros y la cervical, se me expandía hasta la sien. Eran muchos dolores en uno.

Perdí la cuenta de todas las horas que viajé en micro hasta que llegué a esta ciudad. Las paradas fueron mínimas para desayunar y solamente dos para quedarme en algún pueblito fronterizo.

El dolor era tan fuerte, que casi me hizo abandonar la angustia de querer llegar a un lugar. Salir, entrar, llegar y salir de nuevo. Más de treinta horas en una flota se había convertido en un movimiento para atravesar tres pieles ajenas a mí. A papá, a mamá y a La Abuela.

El camino de la ruta era una cinta de moebius. Los mismos árboles, los mismos yuyos, las flores, margaritas amarillas, las mismas señales de tránsito indicando curvas, avisos de peligro. Toda la ruta decía con cruces, que había gente intentando pasar, y que atravesando las fronteras, habían muerto. Se volvían señales también, palos, estacas de cruces desvanecidas, pintadas de blanco y que nadie fue a rezar, nunca.

Desde la ventana, el espacio se veía plano. Era una tela impresa. Un territorio donde ningún acontecimiento era evidente.

En algún punto, el camino se había encontrado a sí mismo. Lacurvasecuenciainfinita de la misma montaña. El mismo verde cortando el azul del cielo cansado y entonces, las fronteras dejaron de ser claras. Por más que intentaba mirar con limpieza aquella imagen del paisaje, era imposible saber bien qué se veía además del asfalto.

El cuadro que veíamos todas las pasajeras era la mentira de la naturaleza inventada. No era notable el error de la pobreza. Las casas abandonadas parecían ser latas de conserva de gente. ¿Qué había ahí dentro? En una casa derruida por el tiempo, un borracho orinaba en la litera que ya no tenía paredes de lo que había sido un baño.

La desolación era el síntoma de la muerte.

*

Dentro del micro, la gente hablaba con la misma tonada que se le incrustaba a La Abuela en la cabeza, cuando se ponía muy triste y no paraba de hablar de mamá.

La velocidad se anunciaba en un pitido insoportable que me ponía nerviosa a mí y a la señora marrón que se sentó a mi lado.

Tuve que mirarla repetidas veces.

Tuve que decirle que todo iba a estar bien.

Esperar a que me dijera algo. Lo único que provocó en mí, fueron recuerdos de la etapa más presente de La Abuela. Antes de que dejara de hablar. Cuando todavía tenía los ojos abiertos y podía tejer.

La señora apoyó sus brazos pecosos en el único espacio que teníamos de nuestras sillas, antes de que yo pudiera hacerlo. El tejido de su piel arrugada estuvo cerca de mi piel desde el principio del viaje, pero nunca pronunció ninguna palabra.

Era el fantasma más hermoso que pude ver de La Abuela. Y con toda belleza ancestral, me iluminó.

No pude saber su edad con exactitud, parecía que nunca hubiera sido joven. Parecía que la vejez no existiera, aún con todas las arrugas que vivían en ella.

Era una estampa de La Abuela.

La veía poniéndose unos zapatos de cuero y de tacón bajito que yo siempre le pedía, cuando apenas llegaba a los once años. Le rogaba que me los heredara.

Cada sábado se lo pedía. Ella sacaba los zapatos del placard al patio, para hacerles un tratamiento de rejuvenecimiento que llamaba: orear las humedades.

Dejaba que me los pusiera. Me hacía desfilas por el patio antes de que ella les aplicara alcohol y crema de manos con un algodón, para que el cuero no se endureciera y le sacara callos en los talones.

—Estos zapatos no van a envejecer —decía. Mientras yo paseaba por el patio casi trastabillando y cuando me caía, me obligaba a quitármelos.

La señora a mi lado tenía el pelo indio. Raíces gruesas y muy despigmentadas, como si antecedieran su vitalidad, su respiración, su aliento. Los pelos parecían hechos de nácar y se le iban degradando en un par de trenzas azabaches.

Era la cabeza de La Abuela, que cuando se empezó a poner más vieja, también tuvo las raíces blancas. Me decía que le peinara el pelo con aceite Johnson y yo odiaba hacerlo, le decía que eso no servía para nada y que le iba a crear una costra en el cuero.

—No seas necia, mijita, pásame el aceite que este pelo ya está muy seco —me decía. Y tenía razón. El aceite nunca le sacó caspa, sino que ayudaba a humectar las raíces que parecían quemadas, de tantos años que tenían los folículos de su piel.

El poco sol, que nos entraba por la ventanilla del micro, creaba en los pelitos de la ancianamarrón reflejos aguamarinos.

Era tan parecida a La Abuela, que la miré muchas veces hasta incomodarla.

Ella parecía una persona antigua o alguna anciana que hubiese dibujado Miyazaki. Un personaje salido de algún bosque de vírgenes.

La Virgen de Las Lajas en la que mi abuela creía porque se le había aparecido a una niña en una piedra gigante.

La Virgen del Perpetuo Socorro porque era la patrona de la iglesia, que frecuentamos cada domingo a la tarde.

La Virgen Negra, que nunca pudo conocer porque huyó muy temprano de su tierra y porque, si no era para escapar, La Abuela no se montaba en flotas o aviones para viajar.

La Virgen Maravilla, mi favorita, la maga de los sueños. La Virgen que todo lo puede concebir. La que parece bruja antes que virgen. Mi Virgen favorita. La de madera. La pobre capaz de ayudar a los hambrientos.

La Abuela llevaba todas las estampitas de ellas en la billetera y me dejaba esculcar en sus bolsillos para que me las encontrara como si fueran tesoros. Me las prestaba pero ella decía que yo se las desacralizaba, que se las robaba.

Entonces yo las dibujaba. Amaba las vírgenes de sus miniaturas.

Me empeñé en tocar los lápices de colores con precisión para que fueran igualitas. Y me concentraba en el tono exacto de sus pieles. Todas de colores distintos. La Negra era marrón con azul y dorado. La del Socorro parecía un hombre enojado o

aburrido. Era muy blanca para mi gusto. Su cara era redonda y las cejas delgadas y levantadas.

Las dibujaba y me frustraba en cada intento porque nunca quedaban como retratos robados.

La de Las Lajas me encantaba porque no parecía Virgen, sino una reina que había alcanzado su poder quitándole algo a Dios, la corona o el cetro. Además flotaba en el humo.

—Son nubes, no humo —me decía La Abuela. Pero yo imaginaba que ella lo había chamuscado todo desde el cielo.

—Te pareces a la Virgen de Las Maravillas —le decía.

—No me digas eso que las vírgenes son santas y son puras —me respondía y me quitaba las estampitas.

Yo me limitaba a creer que era imposible verter, desparramar, pintarsantas.

—Las vírgenes siempre son las de piel más pura —me decía La Abuela. Y entonces comenzaba a rezar el rosario de la tarde y me pedía que la acompañara con los misterios.

Mi fidelidad era con mi amor por ellas.

Por la piel de las vírgenes, por la perfección y la textura tersa de sus rostros inmaculados.

Con el tiempo, me di cuenta de que la magia de aquellas pieles se debía más bien a la perfección que a la imaginación y la ternura. Y empecé a pensar que aquellas criaturas ideales y perfectas de los bosques, como aquel fantasma que tenía a mi lado en el micro, eran criaturas que venían a replicarse en las verdades.

Aquello de lo que nunca nos damos cuenta a tiempo.

Como la ratita que, según La Abuela, le escondía joyas o los objetos diminutos que ella guardaba en su canasto de los hilos. En casa todo se extraviaba. Ella decía que nuestras pertenencias tenían patitas y que nada es para siempre. La Abuela y yo pasábamos muchas tardes buscando dedales o agujas de croché que ella no sabía a dónde habían ido a parar. Pero en realidad era ella que no recordaba a dónde las había puesto y con el tiempo no solamente se dejaba los olvidos puestos en algún mueble viejo, sino que ella misma se fue perdiendo incluso en algunas calles del barrio que para mí siempre se supo de memoria.

La anciana del micro, por momentos dejaba de ser el fantasma más bello y se transformaba en una aparecida. Era el extrañamiento que se diferenciaba del paisaje monótono, el que estaba por fuera de la ventana.

Era pequeña como La Abuela. Tan pequeña que era difícil de pensar en que fuese real su existencia.

Al ver la silueta del espacio que ocupaba, parecía que la protegía una aureola.

Intocable. Tenía el aspecto maravilloso de una advocación para venerar. Volví a mirarla hasta que me dio la espalda. En su movimiento de incomodidad, encontré cierto parecido en su nariz con mi propia nariz. Busqué mi espejo en el bolsillo de la cosmetiguera para comprobar aquel parecido. Saqué una foto de La Abuela, que siempre llevo en la billetera y comparé las tres narices. Tenía que ser una tía abuela.

—Tía. Tía—le susurré sin ninguna vergüenza, pero se había quedado profunda. Abrí la ventana para que entrara un poco de aire, a ver si se espabilaba y después, disimulé mi llamamiento bebiendo un sorbo de agua del termo y mirando con antipatía la pantallita que emitía el pitido de la velocidad a la que íbamos.

Pero ella se despertó y soltó un refunfuño, parecido a como hacen los perros cuando dan quejas con la nariz. Así mismo hacía Perra cuando soñaba que cazaba pajaritos. Una inspiración que de vuelta viene con una mucosidad ruidosa.

—De casualidad conoce a esta de la foto —le pregunté. Pero la anciana apretó los ojos en un gesto de desprecio.

15

A Luna le decía en un tiempo insensato que antes me encontraba extraviada, que había venido hasta acá porque descubrí que mi padre contó más en sus fotografías de lo que yo siempre había creído.

Los días sin saber nada de Verónica tuvimos que distraernos viendo las películas que se habían dedicado a coleccionar con Luna en otro tiempo. Algunas de ellas las había visto con La Abuela y Luisita en el cine donde hacían ciclos de cine nacional.

Luna me contó que también había conocido ese teatro que yo conocía.

—Por qué no me avisaste que andabas por ahí—me bromeaba. Que así nos hubiéramos encontrado antes, que la idea de la vida era ahorrar el tiempo de la espera.

Mientras elegía qué película íbamos a ver, encontró un sobre donde La Abuela guardaba las fotos que Luisita le había tomado a ella en su estudio.

—¿Estos dos son tus abuelos, Mar? —dijo señalándome la única fotografía que conservo de La Abuela cuando era jovencita.

—Así es, pero esa no la tomó Luisita —le dije— Ese es mi abuelo. De él ni siquiera hay registros en la iglesia del Perpetuo Socorro.

—¿La Abuela no tenía más fotos de ese tiempo?

—Fue la única que me dejó —le contesté negándole con la cabeza.

Se la veía pequeña y robusta. Llevaba puesto un vestido largo que le apretaba el cuerpo y le mostraba las curvas. El pelo largo y negro. La nariz aguileña. Y el abuelo, mucho mayor que ella. La cabeza con entradas de calvicie y el pelo coronando su perfil ya es blanco en el papel. Ambos caminan por la calle. Él la lleva de la mano y parece que la arrastra, que le lleva más de dos pasos. Ella sonrío a la cámara, pero él ni siquiera mira, está perdido, adelante.

—¿Cuando lo buscaste fuiste al estudio que la reveló?

—Sí, pero no existe.

—Cuando ves una peli en blanco y negro, te das cuenta de los colores, ¿viste?

—Ajá, eso lo aprendí viendo las viejas. Luisita me lo enseñó.

—Ahí está ella, mirala tan bonita. Tiene los ojos violetas —decía Luisita a La Abuela, cuando miraban alguna de Liza Minelli.

El pelo de la abuela era azabache, liso, como de una india.

—Cómo me gustaría que existieran los fotógrafos en las calles. Te sorprendían, te sacaba una foto linda y después se la comprabas en el primer fotoestudio que hubiese cerca.

—¿Quién troquelaba los bordes?

—Nunca supe si el papel ya lo vendían así.

*

Luisita también había llegado a la ciudad, en el mismo tiempo que La Abuela y se habían hecho inseparables. Llevaba a mi mamá a la escuela cuando La Abuela tenía mucho laburo y según ella, Luisita le tomó las primeras fotografías.

—Estas, mira —le mostré a Luna otro sobre que había olvidado y que no visitaba desde niña.

Después de que mi madre desapareció, La Abuela sintió vergüenza y después se entristeció hasta el fondo de un pozo del que nunca pudo salir. Se limitó a cocinar para mantenerse viva. La Abuela jamás volvió a visitar a Luisita como antes.

—Yo conocí a Luisita cuando terminé la escuela.

—O sea que ¿no conoces toda la historia de Luisita? Podemos visitarla si viajamos algún día para allá, sé dónde podemos encontrar su colección de fotografías.

—No sé si vive aún.

*

Le contaba una película y parecía que me inventaba lo que sucedía.

La mujer se encuentra extraviada y parece que viaja desde la ciudad. Llega de repente a un muelle y sube en un velero. Entonces, se desplaza la cámara, ella no, porque parece que no es ella quien lleva la cámara.

En otro tiempo va y viene a otros países y también persigue las huellas de las mujeres de su vida. Está buscando a su madre. Encuentra el edificio donde vivió exiliada.

La cámara. La persona que manipula la cámara hace foco en una ventana y ella se asoma. Es la habitación donde durmió su mamá.

La cámara parece que intuye lo que ella mira, y entonces, mira hacia otro lugar al que nunca consiguió llegar.

Lo dice. Deja ver los hilos de lo que cuenta.

Le cuento la película a Luna mientras ella busca otra para ver a la noche. La película que le cuento, parece un ensayo.

—No recuerdo quién la dirigió, vos no la viste, ¿no? —le digo—.

—Pero es que no me dice nada de lo que me cuentas.

Parecía un ensayo. Hechos del pasado que tenían que ver con el origen de la mujer. Con los países a los que pertenece su historia.

—Es lo que hacemos. La abuela de Verónica, su llanto, el pañuelo mojado de lágrimas como si fueran vertientes del río por el que volvieron los pueblos, quienes escapan. La ausencia de su hijo, la falta del cuerpo y el silencio de su voz, de lo que sucedió que también se repitió en otros cuerpos —dice ella.

—Los gestos de los cuerpos, incluso los momentáneos que la gente deshecha, como si fueran bolsas de nylon tiradas en las veredas.

Los gestos de los que nadie se acuerda.

—El primer llanto. El último y los que sucedieron en el medio. las basuritas que luego levanta el viento de las ciudades.

—Es un documental, Lu. Pero lo que cuenta es el mismo silencio que hay en la imagen.

—Debe ser la del documental sobre Jeanine —me dijo, como si recordara—. Quizá haya algo de ella en esta bolsa.

Jeanine también se llamaba la chica del café al que íbamos con La Abuela en el barrio Chino.

Me enamoré de esa chica cuando supe que era la vocalista de una banda de rock. Una tarde que merendamos en el café, aproveché que La Abuela había ido al baño y le pregunté su nombre.

Jeanine me escribió su nombre en una servilleta

—¿Te gusta la música?

—Sí —le dije sin saber qué música me gustaba.

—¿Querés ir a un concierto este finde?

—Es que no sé si mi abuela me deje, ¿entendés? —le respondí.

—No importa—dijo y escribió “de Suárez” al lado de su nombre en el papel y después un número—, llamame y arreglamos.

Al salir del café le pedí a La Abuela que me comprara el disco.

—Bájale al volumen —me decía La Abuela, cuando me encerraba en mi habitación a escuchar la voz de Jeanine. La abuela no entendía las letras de las canciones y tampoco me dejó ir al concierto.

Y Jeanine nunca me atendió en el número que me dio.

Ella tenía los ojos tristes, como uno de esos perritos de peluche de la mirada en forma de gota.

Una tarde, que fuimos de nuevo al café en que trabajaba, vino hasta nuestra mesa.

—Nunca me llamaste —me dijo.

—Abuela, es que intercambiamos números el otro día —miré a La Abuela que se notaba confundida.

—Tráiganos dos cafés con leche y cuatro medialunas, niña —le dijo a Jeanine.

—Sí te llamé, Jeanine. Pero nadie me contestó.

—Tampoco fuiste al concierto.

—Marina no está para conciertos, querida, es muy nena para esos antros —respondió La Abuela y Jeanine se fue.

—Abu, ¿por qué te portás así? —le dije cuando Jeanine se alejó.

—La calle es peligrosa, ya sabés cómo es esto —me respondió.

Y Jeanine, cada vez que íbamos al café, me regalaba servilletas con fragmentos de sus canciones.

Una decía: *donde nos vinimos a encontrar. Sol o sombra, elija cualquiera.*

Excursiones.

—¿Sabés que me gusta el papel corrugado, no? —le dije una tarde.

—¿Por qué tu abuela tiene tanto miedo de que salgas?

—La Abuela está muy triste, no pensés que es mala.

—¿Vivís con ella?

—¿Cuándo es el próximo concierto?

—Nos vamos de gira, hoy es mi último día aquí —me contó la última vez que la vi—. Pero venite a alguno, que va a estar bueno.

Aquellas servilletas eran suaves aún teniendo relieves.

Ella me las entregaba con marcas de su piel, floresarabescos; como los que dibujaba La Abuela en las márgenes del directorio telefónico cuando hablaba por teléfono con los clientes, que llamaban a pedirle morcilla para el finde.

Antes de viajar hasta acá, visité el café después de tantos años que pasaron.

Quise recordarla y me enteré por los periódicos que había muerto un par de meses antes. Le pedí al camarero que pusiera un disco suyo, y me sorprendió que me agradeciera, me dijo que le aburría la playlist del dueño.

—El cliente tiene la razón, —me dijo sonriendo.

Adiós, adiós. Me voy, me voy. Sigo remontando río arriba en un barco que en la proa lleva el nombre de tu nombre... Mientras tarareaba, recordaba a mi abuela y a mi madre. La Abuela me había contado que la primera vez que entró en ese lugar, se habían quedado de ver ahí las dos.

Cambió, cambió, cambió. Cambió, cambió, cambió. Habían quedado en desayunar antes de ir a su casa en el río. Mamá le había contado a La Abuela que estaba embarazada y que mi padre aún no se había comunicado con ella. *Mejor, mejor. Jamás, jamás.* La Abuela creía que mi papá nos había abandonado y se lamentaba de que su hija no hubiera querido volver a vivir en su casa.

Sigo remontando río arriba. En un barco que en la proa. Lleva el nombre de tu nombre.

La Abuela no sabía que se estaban escondiendo, que tampoco había querido que los localizaran.

*

Recuerdo que hice las valijas en casa y las dejé listas, me tomé un bondi que me llevó directo al café y, antes de llegar, entré en la librería.

Antes de viajar también compré el libro de La Medusa. Una mujer que conocí en el cine y con la que me había visto un par de veces.

La Medusa tenía los ojos verdes, como cavernas. Era escritora. Tenía el cabello liso y siempre andaba de prisa, porque además de escritora era maestra. Ella me invitó a varios lugares donde muchas personas que escribían también leían lo que escribían y después todas aplaudíamos.

A veces, yo le preguntaba qué era lo que significaban ciertas metáforas en las poesías. Pero La Medusa no me explicaba, sino que me hacía preguntas, y yo le decía que no quería una clase de literatura, sino saber qué decían sus poemas.

—La poesía no dice nada, Marina —me decía que no había que entenderla, sino pensar y meterse en las palabras.

Una tarde la invité a casa y le regalé un bordado.

—¿Ves? —me dijo—. Poesía es este hilo y este nudo.

Esa tarde fue la última vez que la vi. Ella me abrazó.

—Avisame cuando llegués a donde vayas, prometeme que me vas a llamar.

Nunca le avisé que llegué. Tampoco le conté de la muerte de La Abuela.

16

—Lo único cierto es que siempre fuiste un pez —me dijo Luna desde la cocina mientras preparaba la cena.

Yo dejaba un disco puesto y empezaba a bailar en la sala. Ella me decía que no me perdiera en los hilos, que intentara controlarlos en el momento justo. Que me distanciara.

—Lo cierto es que el control tiene una fecha de vencimiento —le dije—

—A veces lo que muere en el lienzo se toma el bordado.

—Mientras nadaba en la pileta tuve tiempo de detenerme en las ideas inconclusas, pero me cuesta volver a bordar su cara, Lu.

—Está bien, pero tenemos que terminar la muestra y solamente nos quedan algunas piezas.

Un pensamiento que después no puede convertirse en palabras. En eso se convierten los hilos.

—Voy a ver qué puedo hacer. —La materia ansiosa por aparecer se guarda en el alfiletero. Me espera.

—¿Por qué no piensas en los hilos que te hacen falta?, como los hundidos que llegan hasta la orilla y escapan.

*

Luna regaba las plantas y yo había encendido un espiral, para espantar a los mosquitos. Me reconciliaba con la última pieza de diez que había hecho para la exposición.

Le mostré el tambor, mientras me peleaba con el hilo verde, que estaba cada vez más zurcido en la tela. Huecos horribles hospedando hazañas e impaciencias.

—¿Deberíamos ir juntas a la pileta, no? —le pregunté.

Fue lo único que me mantuvo a flote después de todo el viaje hasta acá. Nadaba en las noches.

Luna se levantó de la silla.

—Ahí vienen los de la basura —me dijo.

Los muchachos corrían cuando el camión se desinflaba, como exudando los olores podridos de la gente por la calle. Pasaron por enfrente del jardín y nos saludaron. Hicieron señas para indicarnos si queríamos que se llevaran las ramas del aguacate, que recién habíamos podado a la mañana.

—Sí —gritó Luna desde el cantero y les alcanzó una bolsa de pasto que escondimos detrás del árbol.

—¿Les da aguacates? —preguntó un muchacho con dreads en la cabeza. Atrapó la bolsa en el aire cuando ella se la tiró por encima de la reja.

—No —respondió Luna, huyendo de la conversación.

—Es el de la huerta —le susurré y entonces ella lo miró, haciendo un paneo hacia la copa del árbol, hacia el cielo.

—Debe ser que tiene menos de diez años. —dijo el chico mirando hacia arriba también y después ambos me miraron al tiempo.

—No tengo idea cuánto lleva plantado —dije.

—Menos de dos años, creo —respondió Luna haciendo una extraña lista para contarnos de dónde había salido—. Lo planté cuando me mudé a esta casa.

Era el árbol que le había regalado Doña María.

—Es un árbol bebé —le dije al muchacho.

—Si quiere les traigo unas semillas de mi huerto —nos propuso.

—Hágale, si no estamos afuera toque el timbre —le respondió Luna.

*

—Sal del agua, pececito, me dijo Luna— El bagre dorado amazónico se parece a ti.

Hablaba del bagre como si fuese una persona conocida. Un ser que pasa por la vida, una les toma cariño, siempre las recuerda y después no las vuelve a ver nunca más.

—Como la gente de tus fotos, ¿dices?

Ella conocía cada movimiento y gesto del bagre, hilvanaba comentarios etológicos como si se creyera una ilustradora biológica o de viajera excursionista de los programas que pasan en natgeo.

—Mi cuerpo tiene un imán para la gente así —dijo y volvió a abrir la manguera, le faltaba llenar de agua las macetas colgadas de la pared. Cada movimiento que hacía con los brazos imprimía una fuerza contraria a la brutalidad, una fuerza exorbitante. Exprimía una pasión especial que se salía de su mirada. Una luz dedicada a los pensamientos veteados de amarillo y violeta que se reflejaban en sus lentes. Y después, otra pasión nos salpicaba, al jardín y a mí, desde su cuerpo.

—¿Los peces miran hacia las estrellas? —le preguntó al cielo—. Tú subes por el estuario y llegas hasta nosotras.

—¿Que Verónica nos escucha?

—Verónica te puso en el camino cuando trenzó tu pelo.

El sonido del palo de chonta está vacío, no de ruido, no de música. *A la una y a las dos, y a las tres de la mañana, a la una y a las dos, unas mujeres gritaban, a la una y a las dos...*

El sonido de la baqueta en el palo de chonta está llenito de sentimiento.

Vamos corriendo a la iglesia, a la una y a las dos, y a las tres de la mañana, bailenbailenbailadoras, a la una y a las dos, porque esta selva se acabó, a la una y a las dos.

La canción de bienvenida sonaba en el taxi que nos llevaba hacia la vía del mar.

Sonaba la isla.

Antenoche y anoche parió la luna, parió la luna, parió la luna, parió la luna eh. Veinticinco luceros, veinticinco luceros y una lunita y una lunita eh.

La trompeta era el viento en el que viajábamos, y Luna me había vuelto a trenzar el cabello como Verónica le enseñó. En el taxi ya éramos los cangrejos negros del puerto. Éramos sin caparazón.

Desprotegidas. Vulnerables hasta que la selva nos fuera curtiendo con los días. Hasta que el caparazón apareciera en las plantas de nuestros pies.

Andarele vámonos, la guayabita madura, andarele vámonos...

La ruta se enredaba en la extenuación de la carreteraanaconda por donde el micro avanzaba, a un ritmo que anunciaba una alarma de números rojos.

No volvimos a la selva más después de esa vez. El pitido no angustiaba a los demás viajeros que habían podido dormir durante las seis horas de recorrido.

La montaña cambiaba de color.

Cuando una curva nueva se aproximaba, la impaciencia no respondía a mi pregunta por el mar, el que nunca se iba a mostrar en ese paisaje aún.

La consunción del micro era evidente en los quejidos de sus válvulasaire.

Cuando frenaba un auto fuera, el micro interrumpió el ritmo.

Las tractomulas paradas en la carretera parecían inquietar al conductor que se las encontraba de sorpresa y la panza de la cordillera las escondía.

Luna parecía no percibir el pozolastid, el camino.

Me adormezco en el serpenteo del asfalto diseminado en placas enormes y torpes. Las gomas se deslizaban por la humedad del sereno, que también empañaron los vidrios.

No me di cuenta en qué momento de la zancada en espiguilla se me cerraron los párpados.

En qué lugar metía la aguja. Qué piel ajena a la tela estaba ensartando.

Me pinché el dedo índice y abrí los párpados de espanto.

La mancha perfectamente redonda se expandía por un costado de la flor de lavanda y el efecto violento, que le otorgaba la sangre al dibujo, convertía cada pétalo inocente en testigo venidero de nuestro camino.

El bordado en flor era firmamento. Se deshilachaba sin advertir la rasgadura de hilos, en las sierras o en las nubes cargadas de las tormentas también se desconocía. Se desconocía.

Serían las lavandas.

El tacto de la moqueta fue imperceptible para el sostén elevándose por el tallo. Los pétalos violáceos. Sutiles ondulaciones. Tallos esterilla. El perfume minúsculorespiración, y un empujón por fuera de la ventana entreabierto. Una brizna de aire hacia dentro del micro.

Así fue como entré sin avisar en la valija de La Abuela, con el dolor de la punzada de la vigilia. Al fondo de la valija que dejé en casa sobre el felpudo de la sala.

—No laves revistas, es equipaje suficiente para tres semanas —advirtió Luna que cargaba la mochila de ambas.

Las páginas de las revistas guardadas, permanecían desencajadas de las grapas que las sostenían. La Abuela restauraba su colección con cinta de enmascarar y no le importaba que se quedaran escondidas las instrucciones, ni que el pegante se convirtiera, con los años, en un pegote marrón.

Ella había elegido con cautela cada una.

En ninguna existían modelos de flores, en cambio sí había todo tipo de insectos arácnidos, mariposas monarcas, falsas, azules y naranjas, jirafas, colibríes, elefantes, ballenas, koalas y un sinnúmero de animales de distintos tamaños.

Era complejo aprender bordando figuras con tantos detalles en las curvas y formas de sus extremidades, por eso las primeras formas que me enseñó en punto de cruz, fueron letras que según ella eran más fácil para memorizar.

Comencé con el abecedario en tipografías diferentes y después me pasé a soles, lunas, estrellas fugaces, casas de montaña y de pequeñas personitas de todas las edades: bebés, niñas, niños, mujeres embarazadas, hombres y ancianos.

—Puedo bordar de todo, menos flores —me dijo una vez que le pedí dibujar un pensamiento, para tapar el hueco de una camisa rota—. ¡Las flores que se queden en los jardines!

Junto con las revistas había un solo libro de pasta dura que no había sufrido el desgaste por el uso. Luisita se lo había regalado a La Abuela para que le confeccionara un mantel rectangular de seis puestos. Pero ella le sacaba el cuerpo cuando su amiga la llamaba para recordárselo.

El libro no venía con instrucciones para realizar ningún truco. A esa altura, La Abuela no necesitaba saber cómo mover la aguja y por dónde pasarla.

En realidad era un libro de fotografías sobre arte textil. En los capítulos que dividía el libro en varias partes, mi favorito era el de los dibujos de flores turcas, que adornaban trajes de novia.

La foto de una página impar mostraba la prenda completa y se veía la totalidad de la pieza. En el centro, una estrella de mar y a los lados tres claveles y tres botones de flores eléctricas.

—Las flores existen en la maceta donde nacen un día de alguna planta y ahí debemos dejarlas tranquilas —exigía La Abuela.

—Pero el punto de cruz es una flor diminuta.

Iba por aquel libro y le mostraba la página de las turcas — mirá —y le señalaba el dato curioso, que decía cuán importante era para las hilanderas turcas hacer que las flores fuesen ejemplares, que ellas despertarían el apetito de quienes vieran los bordados en sus prendas.

—Los que comen flores son las tortugas, ¿no ve? —me respondió.

—Debe ser por eso que viven tanto tiempo, abuela. Pero ella insistía en que no era posible trasladar la textura de los pétalos al hilo.

Cuando por fin decidió ponerse con el mantel para su amiga, me contó que en vez de los ramilletes de estrella federal, que le había pedido Luisita, haría un dibujo de lunas y luceros. Entonces, yo le pedí que me dejara hacer el mantel con ella.

Después escuché que le decía por teléfono a Luisita, que aún no terminaba el mantel porque no había podido conseguir los hilos del color rojo carmesí. Le mentía. Decía que sí, que era rojo carmesí y parecía que su amiga le decía que era otra

tonalidad. Pero al final de la conversación, terminó vendiéndole la idea, de que en vez de las flores, otras imágenes en tonalidades de amarillos, azules, grises y algunos brillos de plata, le iban mejor con la decoración de su comedor.

—Pásame esas revistas que están ahí encima, hija —me dijo cuando colgó el teléfono.

De los bordados, que conservo de ese tiempo, es fácil identificar mi pronta fascinación por toda la gama de azules Mouline; y ciertos dibujos que permiten bordar apliques por un lado, que después irían pegados al lienzo definitivo para permitir cierto volumen.

Por supuesto, el gusto nació con el mantel de Luisita.

La Abuela había elegido las ilustraciones más hermosas de los hilos lunares. Y lo más importante de aquella decisión fue la iniciativa de la que partió.

Cambió el diseño que proponía esa revista para mantel de seis puestos y empezó a dibujar lunas gigantes y medianas, en dos telas distintas. Me pidió que las recortara con precisión por el borde. Después cosió con puntada festón. El nudo quedaba en medio de las dos telas. Enganchaba el hilo haciendo una línea perfecta, puntadas de altura y distancia uniformes. Pinchaba de adelante hacia atrás y con velocidad se aseguraba de que la aguja estuviera delante para capturar el rulo; tres hebras de Mouliné amarillo pegando una luna azul y otra blanca.

Al terminar, me dio vía libre para que hiciera lo mismo con las cinco restantes. Me sugirió marcar con una regla y una tiza de modista los puntitos por donde debía seguir el camino porque debían quedar iguales.

Fue por guata al baúl de su Singer y comenzó a rellenar las que yo iba terminando de coser.

Una semana estuvimos trabajando en el mantel de Luisita.

Cuando rellenó las lunas, dibujó siete estrellas dentro de cada una y un Saturno diminuto. Repitió su metodología de enseñanza. Esta vez solo usó dos hebras para el relleno de las estrellas amarillas en las que debíamos usar el punto cadeneta. Después hizo lo mismo para Saturno, con un hilo violáceo y los anillos de un solo punto rococó, en el que usamos una hebra de plateado.

El último día del mantel, Luisita llamó a casa y cuando atendí, me preguntó si podía visitarnos.

Esa tarde merendamos las tres.

La Abuela preparó hojaldras y una jarra de café; y antes de que llegara Luisita comenzó a pegar las lunas llenas y bordadas en el lino blanco de dos metros por uno.

*

En este bordado, serán aplicaciones circulares y en su interior jardines diminutos de lavandas.

Imaginé una ruana para Verónica.

Ensarté el lienzo en el bastidor y con dos hebras de hilo esmeralda hice puntotallo de partida al boceto. El aire continuaba entrando, ahora por el hoyo del vidrio, donde entraba un dedo, a falta de manija para abrir la ventanilla, que alguien había cerrado. Serán ramilletes de pétalos que dibujen las flores en francés de una hebra. Lavandas diminutas.

Pespuntear, bordar, hilar, tejer.

Arriba del micro no había tanta gente como imaginamos, en los puestos vacíos la gente aprovechaba para dejar sus maletas o estirarse a dormir. Durante el viaje, me entretuve con los hilos. Y bordé la flor de lavanda que pensé en regalarle a Verónica apenas nos encontráramos en su casa.

El camino de la montaña era suave.

El micro se deslizaba en la carretera y las casas de los costados eran terrones de azúcar que se derretían en el paisaje. Era la primera vez que viajaba con alguien por las rutas perdidas en la cordillera.

Viajar de madrugada me enredaba la memoria. Me convertí en una repetición. En un mismo viaje para buscar lo perdido, uno que parecía que no acababa. Me convertí en un mareo que esta vez no fue contractura y la noche no se terminaba y el día no empezaba a ser. El amanecer atropellaba cuando se enceguece a los pensamientos.

La vigilia nos tomaba con su manera de darnos un inicio nuevo. Imprevisto. Ambas sabíamos que nos encontraríamos ante una realidad ajena y que nos iba a situar de otro modo en la tierra, era una textura que podíamos tocar pero no mirar de frente.

Quería empezar a pensar en una Luna tranquila y ambas deseábamos que la zozobra se terminara.

Un bebé lloraba en la parte de atrás del micro y la madre le cantaba una nana que yo había escuchado cuando una de mis compañeras del laburo en lo de Luisita, llevaba a uno de sus pibes al trabajo e intentaba dormirlo como si fuese un negrito muy amado.

—Negrito dormite, negrito —así le cantaba la señora del micro a su bebito, rogándole que cerrara los ojitos, deseándole el tiempo de los párpados remendados.

Muy cerca de los bordes de la carretera y donde termina el hoyo que empieza al pie de la montaña se encuentran los abismos, la carretera es peligrosa y zigzagueante.

El micro se zarandeaba sin parar por todas las curvas posibles que encontraba. Zigzagueábamos sin detenernos en la culebraeterna. Los bebés intuyen el peligro.

—¿Sabes cuánto falta?—me preguntó Luna adormilada.

—Qué sé yo, ¿cuántas horas más tendré que distraer los nervios con el hilo? Y la aguja en la tela —me quejé— hasta que la flor de lavanda ya no resista más tendré la paciencia suficiente.

Cuando los hilos escapan de las cabezas algunos asuntos suelen perderse de la trama, en la tela. Otra capa de hilos violetas y azules inclinados.

Ahora, era yo que le cantaba a Luna.

Suavecito la arrullaba cuando ella respiraba fuerte, un incipiente ronquido.

Le dediqué un arrullo. Una tonadita boliviana que me cantaba La Abuela, parecida a una canción que habíamos escuchado hacía un par de días en un bar...

Mañanita Luna dormía acá cerquita. Mañanita Luna dormía acá lejitos. Y despertaba tomando agüita, más no podía descansar. Y despertaba tomando agüita, más no podía descansar...

—Luna, ¿te acordás de La Medusa? Me traje el libro para que lo leamos...

Tenía una mirada de película, La Medusa. De esas que te quedan grabadas en la cabeza y vuelven con la poesía del verde montañoso. Ella, que nunca había visto ese color.

En sus ojos podías ver dos puntos blancos, pequeños botones dentro de un profundo mar. Ella parecía más bien del color de la uva verde, porque era toda ojos.

Una uva cuando se madura con los ojos agotados, adormecidos. Como La Abuela antes de dormir.

De morir, los ojos le pedían descanso.

Ella me miraba haciendo esfuerzos, intentando convencerme, ya sin voz por el tubo que le atravesaba la tráquea.

Pero la voz me replicaba. La recordaba riendo, y ella intentaba decirme que la dejara ir.

18

Que Luisita estuviera en casa era una alegría para ambas.

La Abuela y yo adorábamos a Luisita. Cuando nos visitaba pedía que le mostrara el álbum de fotografías que mi padre había dejado y mi abuela se quedaba en silencio o se iba para la cocina cuando ella lo ponía en su regazo.

Luisita era una mujer de elegancia diminuta. Se vestía con telas de colores pasteles. Siempre un chal cubriendo cuello y hombros o una pava, que además le cubría la piel del rostro.

Entraba en casa con anteojos para el sol y, apenas se sentaba en el sofá de nuestra sala comedor, hurgaba en su bolso de cuero negro buscando el estuche marrón que abría con un botón de presión.

Se quitaba los oscuros con una mano y con la otra sacaba las gafas para ver de cerca. Intercambiaba lentes dependiendo del ecosistema al que debía adaptarse su mirada.

Luisita tenía un estudio de fotografía en el microcentro y, cada fin de semana que La Abuela me llevaba a la heladería, la visitábamos con un pote de helado de un cuarto de kilo. Luisita amaba el helado de dulce de leche y banana.

Esas tardes en su casa, me enseñaba cómo empezaba a nacer una fotografía. A veces me regalaba negativos y pinturitas para que jugara a hacer retoques o pintar las ropas o los fragmentos que tuviera la imagen. Después se los llevaba y ella revelaba para que viéramos en qué se había convertido nuestro experimento.

Así como La Abuela, Luisita hablaba poco.

Me pedía que le colgara el bolso en el perchero de madera donde mi abuela dejaba nuestros abrigos y sus carteras.

—No te olvides del álbum, mijita. Traélo y lo miramos de nuevo —decía.

Entonces yo corría hacia mi habitación y me detenía en la mesita de luz. Además del álbum, ahí retozaba la lámpara que también había alumbrado a mamá. Me detenía enfrente de ellos y les decía en susurro que menos mal no se habían ido a ningún lugar, que por favor no me faltaran. Y agarraba el álbum.

Lo abrazaba y corría por el pasillo hacia la sala.

Luisita me decía que debía guardarlo en una bolsa para que la humedad no hiciera percha el papel de las fotos. Después lo abría.

—Deja de quitar el plástico que las protege, miralas desde afuera, que sigan protegidas —me indicaba— porque así también se pueden envejecer rápido.

La Abuela llegaba con las tazas de café y mi leche achocolatada. Ponía el plato de hojaldras en la mesa ratona y ambas comíamos.

Luisita conservaba la postura al comer. Mordía tan pocas veces las masitas que La Abuela preparaba, que su alimentación siempre era un tema de conversación entre ellas dos.

Era una hormiga que hacía honor a su especie cuando comía, bebía y trabajaba. Además, la rigurosidad que empleaba para esas tres tareas eran determinantes para cada movimiento de sus articulaciones.

Mientras observaba las fotografías no engrasaba los dedos.

—Tomate el café caliente —decía La Abuela.

Pero Luisita ya no estaba con nosotras.

Se había marchado al lugar donde papá estaba haciendo la fotografía de la ventana circular.

Esa era su favorita. No lo decía nunca pero nosotras lo sabíamos. Se detenía en ella durante varios minutos y casi siempre tenía algo nuevo para comentar sobre la luz, que entrando por los cuatro lados del vidrio redondo, reflejaban en las paredes de esa habitación, el agua del río crecido de afuera.

—¿A quién está fotografiando tu padre acá? —Me preguntaba, y yo siempre le decía algo diferente, porque sabía que ella daría alguna hipótesis nueva.

—¿La ventana?

—Fíjate que es la luz que se mueve.

Y aunque esa idea en la cabeza se me quedó ondulando, la siguiente vez que la vi le dije que la foto era de las sombras en la pared.

—¿Cuáles son las sombras? —me preguntó—. Es el agua, mijita. El agua del río que seguramente había tenido una crecida.

Eso nos haría pensar el tiempo de la fotografía.

El río crece con las lluvias y podría ser en otoño.

—Aunque en la pared el color no es tan rojo, mire: quizá la hizo una mañana.

—En verano también llueve Luisita —se arriesgó a corregir La Abuela.

—Pero mire que el río está más seco y quizá el agua, que se nota en la pared, que ya es del río lejano, no se alcanzaría a notar demasiado —le respondía ella.

En la fotografía, la habitación estaba vaciada de muebles.

La Abuela decía que mi padre la había sacado el día en que llegó ahí con mi madre. Que yo estaba en la panza y que quizá esa iba a ser mi habitación.

—Es un lindo día —volvía Luisita—. Luz. Sol. Amanecer. ¿Qué otro nombre lindo te inventa esta fotografía a vos, pequeña?

—El nombre que tengo me gusta, me lo puso mi mamá.

—Entonces el reflejo del agua en la pared sos vos, Marina. Es un dibujo tuyo. Lo que tu padre se imaginaba de vos —me contó Luisita y cerró el álbum, mientras agarraba la taza de café que se le enfriaba siempre con el tiempo que pasaba entre imagen y recuerdo inventado.

Ondulante y acuática en la luz de una mañana me imaginé.

—Ya puse más agua porque ese café está frío, Luisa —le decía La Abuela quitándole la taza de porcelana por un costado. Y la otra mano espigada de Luisita, agarraba la hojaldra más pequeña del plato.

La crocancia soltaba migas que iban a parar en la cubierta del libro, pero no alcanzaron nunca a llegar al cartón, porque Luisita se ponía en pie para evitarlo y para irse detrás de La Abuela.

—Andá por la bolsa que está encima de la máquina —le dijo La Abuela.

Me fui detrás de nuestra amiga y me adelanté porque quería verle el rostro y su primer gesto cuando viera el mantel.

Luisita aún tenía el álbum en la palma de su mano izquierda.

—Mijita, cuidado se tropieza por andar corriendo por este piso resbaloso. Era la voz de La Abuela.

Luisita murmuró una risa pequeña y burlona

—Vení muchachona, tomá esto que es tuyo —y se detuvo en donde el pasillo se partía en dos habitaciones.

Yo agarré la bolsa donde habíamos metido las seis lunas incrustadas en el lino y se la entregué.

—Mirá tu mantel, Luisita. Yo le ayudé a Abu.

—La fotografía era sobre la vibración del agua —me dijo insistiendo en lo que todavía no le quedaba claro. A ninguna nos quedaba claro nada de lo que sucedía dentro del álbum.

—Pero qué lindo les ha quedado. Muchas gracias. Tendremos que celebrar con un almuerzo algún fin de semana, pues.

—¡Qué bueno que le haya gustado, hija! —le dijo La Abuela cuando Luisita iba llegando a la cocina.

19

—Me desvelé pensando en la maternidad —le conté a Luna.

—¿Quieres tener un bebé? —me preguntó.

—No es eso, estaba pensando en mamá y en la ropa que me dejó —le respondí y ella se dio vuelta y cayó dormida de nuevo.

La miré dormir y quise revisar el cuaderno donde últimamente escribía.

Traicionarla.

Encontrarme con alguna confesión sobre lo que aún sentía por Verónica.

Romperlastimar.

Sacrificar el tiempo y perderlo todo con Luna. Ahí donde edificar la distancia, sería la única certeza del miedo.

Revisar.

Hallar algo que me permitiese apartarme de ella sin ninguna razón. Arrebatarla de nosotras.

Tirlarla.

No lo hice, no esculqué. Preferí traicionar ese temor y que la molestia de los celos de alguien que no estuvo más se volviera dureza.

Era un temor conocido. El mismo que rondaba el silencio incómodo que habitamos la última vez que nos visitó Verónica y nos dejó a Perra y todos sus pedazos de parafinas.

El mismo temor que sentí antes de irnos a la selva.

Traicionar el camino juntas era caminar hasta caer. Como imaginando lo que había sucedido con Verónica en sus viajes, en su convivencia, en esta misma cama, en el pasillo y los retratos donde permanecía intacta.

Pero tampoco fui capaz de escudriñarlas.

Preferí terminar de empacar la valija. Pararme de la cama y meter la ropa de ambas. Que siempre fue la ropa de ambas. Que había sido la ropa de ellas. Y era la ropa de las tres porque el polvo de su piel por más lavadas del tejido, aún seguía pegado a los hilos.

Porque en el placard nunca hubo divisiones, como en casa, como en el jardín. Éramos las tres. Y lo único que no podíamos prestarnos, usarnos, ponernos de la otra eran los zapatos, los corpiños y los calzones.

Traicioné el temor repitiéndome la sensación del arrepentimiento, adelantándome a las consecuencias, pensándonos en una discusióndaño, que ninguna calculó.

Porque un miedo que tiene forma y color es la maternidad y yo me había despertado a pensar en eso, que a simple vista no tenía que ver con traicionarla. Pero la ira de esa falta se había expandido de un modo cruel hacia ella y a nosotras.

Me desplazaba lo que sentía: ¿Qué ganaba yo yéndome a buscar a alguien que no se me había perdido?

Y los miedos siempre se te enredan para que olvides de pensar en lo que duele, me decía empujando la ropa que no cabía. El miedo se nos escapa por otros lugares, a donde es más fácil llegar.

La miré dormir de nuevo y me imaginé que su madre era una mujer bella. La maternidad es un miedo. Un abandono también.

Funciona en el cuerpo de todas y nos expulsa de nosotras mismas.

La maternidad como recuerdo de una fecha donde mamá no estuvo más. La Abuela murió frente de mí sin saber quién era yo.

La sensación infinita del universo y los pedazos de estrellas que explotan y se quedan en la necesidad. Se vuelven soledades que pendulan en el negro, como las palabras en el papel. Algo del miedo, que es un recuerdo calladito, es transparente en la memoria ruidosa.

En ese sentido las plantas son sabias, diría La Abuela, que son el cuerpo más parecido al tiempo. Y ahí donde mueren las plantas es posible que su estirpe quede, en un pequeño fragmento de tejido aferrándose al agua.

A la selva viajé con el temor de ir por alguien que no me amó y que abandonó a Luna. Que me terminó abandonando.

Y cuando el busetero nos pidió que dejáramos el vehículo, vi pasar a la madre con él en brazos. El bebé ya no lloraba. Tenía los ojitos cerrados. Dos líneas cosidas en la piel gorda de sus párpados.

Los bebés tienen el sueño eterno, le susurré para que despertara.

—Luna, despiértate —le insistí—, dale, que en este punto del camino no sé a dónde ir.

Al fondo, en la calle se escuchaba una música que no conocía.

—Debe ser la música que le gusta a Verónica —le dije.

Luna estaba dormida pero con los ojos abiertos y en modo avión se limitó a sacar la maleta del estante enrejado que estaba encima de nosotras. La bajó y me pasó la bolsa donde habíamos metido sus cámaras. Me colgué eso en un hombro y en el otro metí los hilos y el tambor que protegía la tela donde había estado bordando la flor de lavanda.

—Pensé que ibas a bordar una caléndula —me dijo

—Las caléndulas deben ser algunas de las plantas que deberíamos dejar sembradas en la casa de Doña María —le dije y después le pregunté si era necesario comprar alguna mata de esas, en algún vivero antes de subirnos en la balsa que nos llevaría hasta la selva.

—¿Cómo sabés que vamos a subirnos en una balsa? —me dijo.

—Lo intuí —La miré—. Lo intuí ¿Cómo llegué a saber que llegaríamos en balsa hasta donde Verónica?

—Te dije que eres un pez, Marina —me respondió—, ya deja de hablar sola y vamos hasta el puerto y preguntemos cuánto nos va a tocar pagar, y después, quédate calladita para que no se note que no eres de acá, así podemos regatear el precio.

*

Caminamos un rato por el borde del mar.

El agua estaba lejos y el mar no era azul porque la arena que estábamos pisando era gris, tan gris como los días del invierno que nunca vi acá.

Luna se agachó y yo seguí caminando con las dos bolsas y la mochila que me había pasado. Ella había sacado la cámara y empezaba a armarla.

Las primeras fotografías del primer viaje son importantes porque cuentan el inicio de algo que nadie sabe cómo va a terminar. No sé cuál fue la primera fotografía que tomó porque le estaba dando la espalda.

Después de mucho tiempo me di vuelta y ella siguió tomándose fotos a mí.

Yo dejé la maleta y las bolsas en un costado donde la arena estaba un poco más seca. Miré a los cangrejos y pensé en los caracoles de nuestro jardín. En los caparazones que estaban trenzados en espiral y cargaban como casa, como si el jardín les fuera insuficiente para vivir.

—Mirá, son como nosotras —le avisé—, caminan sin casa.

—La buscan.

Hacía mucho calor y la humedad nos hacía un efecto brillante en la piel. Caminé hacia ella. Me puse los anteojos de sol y le busqué los suyos en la bolsa.

—Aplicate pantalla solar —le dije pero no quiso.

Caminé hasta la mochila y saqué el sachet que tenía en el bolsillo cuando un hombre nos miraba cerca del puerto. Di la vuelta para ver si Luna se había percatado de su presencia y me di cuenta de que estaba caminando hacia mí.

Seguí aplicándome la pantalla en los hombros y la cara.

—Creo que debí ponerme un short y chanclas, y no este pantalón largo con zapatillas —le dije.

—Fue una buena decisión por los mosquitos, no te preocupes por eso ahora. Cuando este man llegue a nosotras intenta no decir nada, que por acá hay mucho carterista que quiere quedarse con las cosas de dos mujeres solas.

—¡Ponte un poco de pantalla porque no podemos enfermarnos la primera noche acá!

—¿Ustedes dos van a cruzar hoy hasta la otra orilla? —nos preguntó el hombre—. La última balsa llega en cinco minutos, si usted quiere las puedo llevar hasta ahí, insistió con certeza.

—No, gracias, hombre —mintió Luna—, ya tenemos comprado el viaje, descuide —le dijo terminante y el hombre asintió descreído.

Yo terminé de ponerme las bolsas y la mochila en la espalda y empecé a caminar por el mismo sendero que nos había llevado hasta ahí. Luna me siguió y cuando sentimos que nos alejamos, las dos entendimos que debíamos apurar el paso.

—No te confíes, puede ser un ladrón.

Cuando llegamos a la calle que separa el puerto del mar, metimos los pies en un charco de agua estancada para quitarnos la arena; yo me senté en una banqueta de madera junto a la señora que vendía las mochilas tejidas. Luna siguió haciendo fotografías después de calzarse. Yo me puse las medias y la señora intentaba venderme algo pero le dije que no, que gracias, que quizá otro día.

—Usted tiene ojos de presagio —me dijo la doña.

—¿Qué es lo que ve? —le pregunté y en vez de llenarse la boca de palabras, me ató en la muñeca izquierda una manilla con los colores de la protección.

Luna caminaba hacia los lancheros para comprar los tiquetes de la balsa. Después caminamos por la vereda y cuando volví la mirada a la señora de las mochilas, se alejaba hacia la orilla del mar y tiraba unos hilos del mismo color de mi pulsera.

*

El día era hermoso pero el calor era insoportable, la panza me sonaba porque aún no habíamos comido nada, entonces Luna me invitó a tomar un café con pan en una cafetería que había visto cerca de las balsitas, me dijo podíamos esperar ahí hasta que la lancha saliera para la selva.

Cuando entramos en la cafetería pedimos dos desayunos. Café con pan y dos platos de huevos revueltos. La señora que nos atendió tenía la cabeza llena de trenzas y unos aros con forma de cola de ballena.

—Están hechos de tagua —dijo.

Parecían pesados, caían desde sus orejas hasta los hombros. Su piel era hermosa. Marrón. Ella brillaba como si la humedad del clima le sentara de una forma que Luna y yo nunca fuésemos a presenciar en nuestras pieles. Tardó poco tiempo en servirnos el desayuno y nos ofreció otra taza de café si queríamos, cuando se nos acabara.

Desde la cafetería se veía el mar y el sol se reflejaba en sus aguas oscuras.

—Qué hermoso es el mar de la selva —dije y Luna me miró.

—Todavía no hemos llegado, corazón, me sorprende lo que hace el agua oscura y la arena gris en ti.

—Estoy haciendo muchos esfuerzos para no temer al mar abierto. No se alcanza a ver la otra orilla.

Luna levantó la mirada y quiso saber si el hombre que alzaba los brazos del otro lado de la vereda, era el mismo que le había vendido los tiquetes.

—Es hora de irnos —dijo— parece que la balsa está a punto de arrancar. Mar, son varias horas las que nos quedan de viaje, no te asustes, puede ser peligroso llegar, pero ellos lo tienen todo aceitado.

*

Arriba de la balsa me sentía como si nunca hubiera salido del vientre de mamá.

Me distraje pensando en ella y en La Abuela. El embotamiento de cabeza me llevó a este mismo viaje pero de noche, cuando fuese tan oscuro y las estrellas también se convirtieran en cuerpos negros o del color de las manos agrietadas del Hombre que nos estaba llevando hacia la otra orilla, y que *vestía unos calzones de baño, reducción de pantalones largos ya demasiado despedazados de viejos.*

Miró sobre su cabeza el cielo azul, y sobre el agua, la luz vespéral plateando las ondas de ese mar, era igual al río que mi cuerpo bebé había visto sin imaginar el olvido.

El Hombre no era barquero vendedor de tiquetes.

El Hombre había sido pescador, pero el hambre había reducido su oficio al dinero y a la papa que debía llevar a su casa habitada por tantos hijos y tantos nietos como su familia se empeñaba en vivir.

De vez en cuando, el mar se ponía duro y sus aguas se agitaban como si quisiera decirle al Hombre que dejara un poco la prisa y que quietara la balsa.

El Hombre obedecía a las aguas furiosas. Apagaba todos los caballos que enfurecían al mar y se sentaba en un costado. En el borde, porque no temía que una criatura apareciera en mar abierto y nos volteara para siempre.

Después nos miraba y decía algo que no entendí nunca sobre las ballenas.

Nos miraba como queriéndonos decir que era un error querer cruzar hasta la otra orilla. Pero no decía nada. Prefería callar, no quería que el mar se pusiera peor.

—Este mar no merece el nombre que tiene —dijo.

Luna ponía el ojo en el objetivo y a través del lente lo miraba, le preguntaba si quería alguna fotografía, pero él se negaba a todas sus insistencias, entonces ella no le disparaba.

Nos miraba el Hombre y sentadito se arremangaba los pantalones, con el ánimo de embarcarse a pescar. Se mentía. Con nostalgia plegaba dos y tres veces el pantalón de lino que le llegaba hasta los tobillos descalzos y otra vez se negaba a las insistencias de la fotógrafa. Se tapaba la cara con un trapo viejo que se ataba en la cabeza.

El Hombre tenía la panza como una bolsa desinflada y nos preguntaba si habíamos alcanzado a desayunar. Era flaquísimo y parecía que tenía doscientos años. El pelo de la cabeza era duro y enroscadocenizo. En cambio llevaba el de los brazos negro y tupido.

Volvía a encender el motor el Hombre, y otra vez la balsa, que tenía el ímpetu de una lancha, arrancaba con fuerza en cuanto el mar se apaciguaba.

El sol era tremendo, yo me tapaba los brazos con las bolsas que llevaba en cada hombro y cada tanto durante el viaje, me pasaba más capas de protector solar.

Pero Luna seguía perpetua como si le gustara quemarse la piel.

Éramos tres pasajeras en la balsa y cuatro con el Hombre. La tercera mujer no era negra y tampoco hablaba como nosotras.

Estaba callada, su nombre era Nimia y también nos miraba con resignación. Tristezadesconsuelo.

Cuando ella se dio cuenta de que el sol me molestaba, me pasó un sombrero de paja. Y al terminar el trayecto por las aguas, durante cuatro horas impacientes, me dijo con las manos que podía quedármelo.

—Suyo —me dijo.

La mujer tenía el pelo largo y unas trenzas que le llegaban hasta el vientre. Estaba embarazada.

—Cinco meses —dijo—. Inquepuma se llamará, como el ave —dijo.

—No conozco ese pájaro —le contesté.

—Ya no vive, lo mataron.

Las manos que trabajan no son manos, sino cartas de amor.

Las manos de Doña María partieron de la selva sin líneas en los dedos. Sin huellas digitales para contar su identidad. Pero sus falanges eran capaces de continuar el rastro de su recuerdo en lo que trenzaron antes de morir.

Las líneas de mi madre con el hilo de sangre permanecían. Mi vida abrazando su vientre se convirtió en retazos. Las manos de La Abuela zurciendo y alimentando el ojo de nuestras agujas nos atravesaron. Las manos de Verónica dispuestas a buscar los caminos y las de mi padre dejando rastros de sus ojos para mirarme quedaron impresas.

Las manos que trabajaron no eran manos sino las epístolas que todavía llegaban en un correo imaginario. Venían susurrando esas palmas. Aplaudiendo alabados cantados por otras.

Diciendo lo que nos quedaba. Lo que era posible traernos del viaje de tantas idas que no parecían tener retorno. Entonces, volvimos sabiendo dónde habían ido a parar los cuerpos presentes. Y los cantos del alumbrado otorgaron el tiempo de la despedida que inauguró su compañía eterna.

Ya con las cosas movidas en la casa de Doña María, para que se fueran ellas, las almas de los presentes descansaran de los espacios que habitaron y de las pertenencias que tocaron. De los favores que nos hicieron, el aguasueño que nos sembraron aparecieron en las últimas noches. Nos lo anunciaron.

¿En dónde encontraríamos la última mariposa marrón? La que abre la puerta para el adiós. ¿Por dónde volará? Un bicho que agita alas alrededor de las lámparas encendidas. Un insectoancestro. El camino para encontrar el objeto sagrado de un nacimiento.

El ombligo enterrado de Verónica. El entierro sin féretro que nos permitió dejar nuestra respuesta. Nos dio vía libre para alejarnos de sus manos. La última trenza en mi pelo.

Cuando los gallinazos aterrizaron en el árbol de coco adulto, fue el momento en que Sol nos advirtió que los había visto sisear. Que era como si conversaran por el

extracto original, el último aliento de los peces que volvían a asomarse como hace mucho no lo hacían.

El cordón de Verónica. Las células madre de Verónica trenzando a todas las voces silenciadas. Ella, con otro perfume, convirtiéndose en vida. En coraza redondeada pero sin aparición por la corriente venidera del cerro.

*

¿Cuántos cofres de agua sería la mulata de los abrazos orquídea?

Un árbol de coco, un pez dorado y dos manos de las mujeres que me antecedieron sería lo que ella conservaría en otro mundo que se llevó para protegerse en otra vida.

Estos pensamientos tranquilizan nuestra respiración. Los últimos bordados serían nuestras cartas de amor. Sentimos arder las brasas de lo que nos palpita en el pecho donde todas las mujeres y los hombres que se fueron han quedado marcados para siempre. Se convirtieron en un sueño al que podemos volver para verles en el aguaenredo. En el mangle que los abrazó.

No teníamos fotografías para intervenir con zancadas de hilos.

Nos quedaban las palabras recolectadas en el cuaderno de Luna y los recuerdos de la última visita de Verónica en casa, para armar homenajes infinitos y traerla de vuelta.

La fiesta del cumpleaños de Luna. Los momentos de la decisión. Los pasos dados antes de volver. Su olor.

Su misterio contaría las luces que vibran en el pulso de ambas y vestirían la vitalidad de su presencia.

—Seremos árboles —nos dijo al despedirse mirando la planta del jardín—. Ya te dará aguacates, Lu —dijo con los ojos cerrados abrazando el tronco delgado del árbol.

—Y serán alimentadas por el saco vitelino de la sangre que derramaron los demás —dijo Sol en la ceremonia sin pieles.

Porque aún en tierras distintas, ellas serían el alimento para que los pájaros guacos de la selva sigan anunciando lo que se repite sin pedir permiso. Y los nacimientos venideros cargados por los brazos de un ser invisible a nuestros ojos humanos (que camina por encima del agua del río y acaricia la frente de los peces y las patas del mangle por dentro) serán los guardianes del baldío.

21

Se derramaba el cielo. Y los hilos de agua que escurría de los tejados se adelgazaban.

Luna se había despertado temprano, había ido al caserón para comprar algunas verduras que nos faltaban para cocinar y cuando entró de nuevo a casa me desperté.

El agua se derramaba desde las tejas de metal como sucedía en el libro que me leía La Abuela sobre un niño africano que vivía en una casita pobre de chapa. Ahí la lluvia sonaba siempre en el tejado y el ruido no era tragedia, ni para él ni para su familia: la tierra seca siempre agradece tener semillas germinando, decía el abuelomentira del niño.

Relampagueaba. Las semanas parecían recibir las lluvias que ya habían sucedido en la selva. La ciudad le abría las puertas de su cielo desde la madrugada pero le prohibía el frío húmedo, la temperatura se peleaba y el bochorno nos despertaba.

Se nos hacía imposible no pensar en los días de la selva. El sudor y la humedad. Me senté en la cama y recordé mi desnudez.

Luna me pasó una toalla y el tambor. Ella sabía que esos días no podía empezar si no daba una primera puntada.

—Mientras exista una mano valiente con el hilo en el suelo de tela, siempre habrá caricia para el borde del tambor —me dijo tirándome un beso volado.

Se borda con el cuchicheo de las herramientas. Lo que suena en el bordado habita en los dedos que ya no me pertenecen. Cuerpos frotándose en el silencio cómplice del cuchicheo. Hilosyagujas, tamborytela. Dedos introducen la aguja con tres hebras de hilo en el hondón.

Aguja más hilo. Un solo cuerpo tirado en los abismos microfónicos de la tela donde ocurre la coloración. Música de las formas. Partitura.

Dibujo.

Boceto en lápiz de punta roma.

Una araña que aún no aparece en la tierra blanca, que no es hoja sino paisaje entelado, también es silenciosa. Araña que flota huérfana, con el temor puesto en la distancia del hilo.

En la tela me vuelvo terca, me empecino en que el hilo sea suficiente. Me niego. No desarmar el cuerpo del insecto, continuar metiendo la aguja, expulsando su cuerpo. Repitiendo brincos por encima y por debajo de los huecos diminutos.

Me empecino, con el boceto sin suerte en el cálculo del hilo negro y la araña incompleta, el silencio lo dice todo en el suelo de la tela.

Tres hebras de hilo negro, de la única extensión que me queda en el costurero, no serán suficientes.

Menos de un metro de tres líneas paralelas no será suficiente, dirá el susurro en vaivén.

No sé cómo contar cuándo fue que me volvió la voz. Los días de lluvia y las trasnochadas por las que pasamos en la galería desarmando la muestra ritual para despedir a Verónica, me enfermaron y caí.

Volver otra vez, para armar la nuestra, las fotografías y los tejidos en los que trabajamos todos estos meses, dejaron nuestros pulmones extenuados.

Debería existir alguna palabra que defina un momento inesperado y feliz. Una acción imprevista que el cuerpo no avisa y se ubica en el espacio que nada ocupa.

—Ya casi, Mar —me dijo Luna y me abrazó—, tómate este té de jengibre.

—Ahí donde ocurre algo que está entre que pasa y no, me enfermo —le respondí. Me sentía débil y con ganas de huir de todas las búsquedas que a veces se hacían hondas y sin respuestas. Pero lo que buscábamos no siempre tiene la forma de lo que deseamos, me repetía.

—Habrá que modular y moldear lo que queremos encontrar. Pero está ahí para ti. En la tela y para mí en el papel, Mar.

Luna dormía, y a mí la sangre se me venía por la nariz después de la pesadilla repetitiva con Verónica. Ella se hundía, se nos perdía.

—Era más de medio día, corazón —intentó tranquilizarme—, ya pasó, habías llegado de madrugada.

—¿Pero vos a dónde te habías ido? —le pregunté.

—Salí con las chicas y por eso no me encontraste.

Como pude, bajé por las escaleras con una toalla en la nariz y creo que llegué a manchar las paredes del pasillo. Luna estaba tirada en el sillón, supe que había llegado borracha porque me encontré la caneca de viche en la mesa del comedor.

—Me desperté cuando entraste —le dije.

—No eres la única que sueña con ella —me confesó—. Ha estado visitándonos. A mí me dijo que nadie la devolvería, ni a su abuela ni a nadie del baldío.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Era muy difícil decirte las cosas estas semanas.

—Tenemos que llevar algo de madera para colgar las fotos.

—¿De cuántas toneladas de madera estaba hecha la cabaña?

—¿Querés cubrir todas las paredes?

—Hagamos las patas del palafito y dejamos la plataforma de agua para que se inunde la sala cuando la gente entre en la cabaña. Que en ese momento se active el sensor de la música y la luz.

—Entonces necesitamos hacer el montaje: las dos tazas, el par de platos, las cucharas de plata, los tenedores de plástico y sin cuchillos.

—Esos son de papel —me interrumpió—

—¿De papel o que sean los de la fotografía y otro del bordado?

—Sí, mejor. Y las semillas de tagua en el plato. Pero no hables más que te lastimas. Tómame el té.

*

La voz que había dolido toda la semana, Luna no la escuchó salir de mi pesadilla la mañana siguiente. Lo que siguió a la voz fue otra vez el silencio, el té y salir de la casa a tomar aire.

Corrí por el barrio y crucé por el boulevard.

Me detuve en la casona. Entré descalza y subí hasta la terraza. Grité su nombre al río para que me dejara en paz. Y le grité de nuevo.

Corrí por las escaleras y me pinché un dedo del pie con una fibra de vidrio que había quedado, pero no me di cuenta de que mi sangre estaba manchando el piso.

Llegué al palafito que Luna había terminado de ensamblar esa misma madrugada y me encontré el mar en la gigantografía.

Olas grises. Grité los nombres de todas. Incluso los de las que todavía estaban vivas. No recuerdo qué más grité. Simplemente grité y las gaviotas se asomaron en el reflejo del horizonte. Los cadáveres invisibles del plancton también se asomaron en la orilla, venían en hordas de espuma y me tocaban los pies.

El agua de la habitación se encendió automáticamente y el cubo blanco empezó a inundarse: la selva contenida en la galería me alivió la garganta. Miré la espuma y quise tocarla. Era tornasol y jabonosa. Me quedé dormida sobre el suelo inundado. En él, como en las partes del mar quieto, se reflejaban los monos que nos custodiaban desde el cielo. Me quedé en el piso del palafito y escuché una voz lejos. Un eco gritando mi nombre. Una canción de los pájaros del baldío.

Y la vida imperceptible llevando el hilo rojo por los humedales y esteros curando la sed del continente.

Obras citadas

Suárez. 1999. Río Paraná. Buenos Aires: Bailanta Records.

Córdoba, Alfonso. 2014. Parió la Luna. Colombia: Bombo Records.

García Lorca, Federico. 1921. Libro de poemas. Madrid: Publicado por Gabriel García Moroto.

Maldonado, Etelvina. 2006. Si se quema el monte. Colombia: Músicas de Colombia.

Molloy, Sylvia. 2010. Desarticulaciones. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Palacios, Arnoldo. 2010. Las estrellas son negras. Colombia: Ministerio de Cultura.

Rivera Garza, Cristina. 2016. Había mucha neblina o humo o no sé qué. Buenos Aires: Mondadori.